AÑO XX. — Nº 949

EL DIA

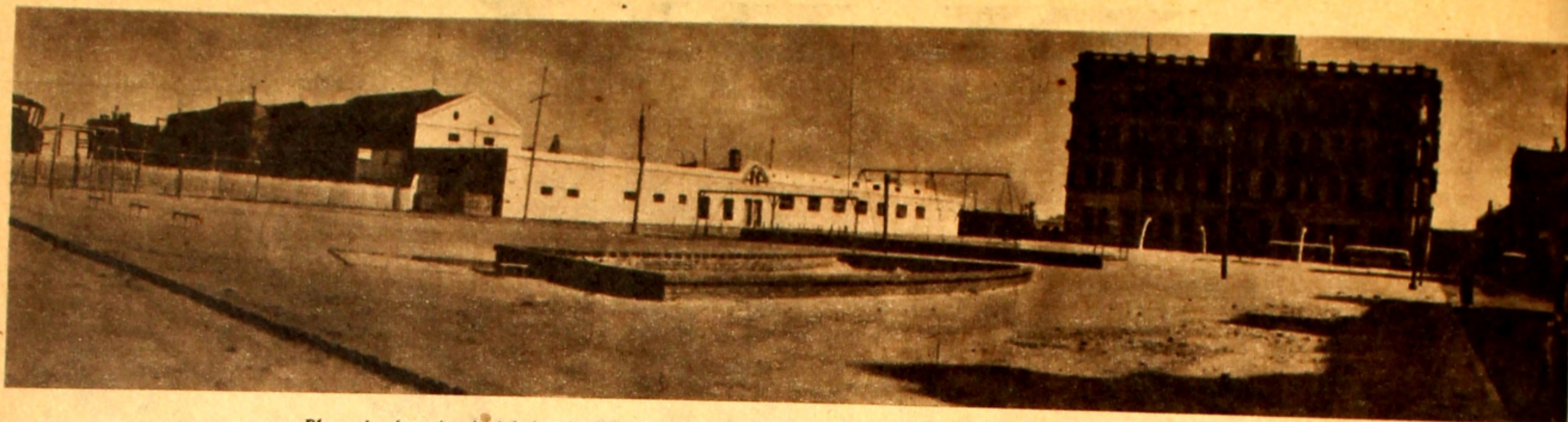
MONTEVIDEO, MARZO 25 DE 1951



DIA DE LA TRADICION

(Fotografía Juan Caruso)

Escena de la Sociedad La Criolla "Elías Regules", que festejó el domingo pasado el "Día de la Tradición", fecha instituída para recordar nuestros valores nativos.



Plaza de deportes instalada al extremo de la península, frente a la Facultad de Humanidades y a los costados del astillero, obra de la Comisión Nacional de Educación Física.

DEPORTES EN LA CIUDAD VIEJA

LAS plazas de deportes cuya creación, vitalidad y funcionamiento tanto han llamado la atención de los delegados al último Congreso Panamericano de Educación Física, contarán próximamente con un nuevo espacio deportivo, quizá el más sugestivo de todos entre los muchos que están en construcción.

El saliente de la vieja península de Montevideo con ese suelo tan sudado por el hombre desde los primeros días de la colonización de este país, vive actualmente una de sus más importantes transformaciones, sin duda aquella que le dará por unos años una fisonomía especial. Esta zona de Montevideo a donde hoy llega, de una manera más apagada la vitalidad y la actividad del área céntrica, fué, sin embargo, en el pasado, la zona más preciada. Sus rocas debieron servir sucesivamente de primitivo embarcadero, de farola modestísima para las embarcaciones inmediatas, y de fuerte colonial de San Juan, en días de más acusada personalidad; finalmente, el puerto y la ciudad quedaron más adentro de la bahía y la zona quedó ocupada más tarde por algunos galpones y edificios llamados a desaparecer, que sin embargo, todavía sirven de marco al lugar.

Este extremo de la calle 25 de Mayo, sirvió, hace unos años, como distinguida zona de turismo, cuando había hotel en el edificio que ahora ocupa el Observatorio Metereológico y la Facultad de Humanidades. Ese fué su último destello, y el barrio quedó un poco semi derruído, mirando lánguidamente al mar. En este escenario tan extraño, es que ha surgido uno de los aspectos más deportivos de la ciudad: el Club Neptuno, que inspira nuevas realizaciones deportivas.

Los que pasan por allí encuentran ahora el barrio transformado. Donde había una explanada irregular, se alza ahora una magnífica plaza de deportes que ha sido construída por la Comisión Nacional de Educación Física; en sus costados, se encuentran los más extraños escenarios. Uno de ellos, está formado por los viejos varaderos de la Administración Nacional de Puertos que forman una perspectiva de cascos marineros enrojecidos por el minio y el sol, que son una magnífica sugerencia para la gimnasta. Seamos fuertes para navegar por el mar y por la vida.

La nueva plaza de deportes viene a sustituir a la plaza de deportes del barrio Olímpico, que hace años ha desaparecido. Sus cuatro costados están enmarcados por ese telón del horizonte con varadero y astillero; al Norte, el edificio de la Facultad de Humanidades, antes de Ingeniería; al Sur, unos galpones que actualmente utiliza el SOYP, para guardar sus materiales; y al Este, una línea de construcciones primitivas y modernas, en donde dentro de su modestia, se pueden estudiar los estilos de la arquitectura de barrio en muchos años.

En el centro, la nueva plaza de deportes cuenta ya con playas de arena para los niños, instalaciones y aparatos, dos canchas de basket-ball, instalaciones para la gimnasia de los niños, y una planchada de hormigón para la realización de los ejercicios gimnásticos; pero estos aparatos que ya están instalados a la vista de todos, entre jardines incipientes, están llamados a ensanchar su horizonte considerablemente.

En el costado Oeste, donde están los varaderos del puerto, intervendrá próximamente la piqueta municipal para dar lugar a una explanada libre hacia el mar, y hacia el Cerro, por la cual pasará, precisamente, la magnífica rambla uruguaya, asombro de extranjeros, iniciando su magnífica curva alrededor de este extremo peninsular, hasta encontrarse con la rambla Roosevelt que ya se encuentra abierta al tránsito.

En su costado Sur, también desaparecerán los galpones mencionados para dar lugar a nuevas instalaciones y jardines; y el escenario de los deportistas estará más a tono con el título de Olímpico que hubo que darle al barrio, porque fué la puerta tradicional para recibir a los campeones del mundo, hasta que surgió la de Carrasco, bien por la multiplicación de las entradas a la ciudad, bien por la multiplicación de los campeones.



Los niños del barrio, de muy nutrida población infantil, ya no tienen necesidad de jugar en la calle, desafiando constantes riesgos.

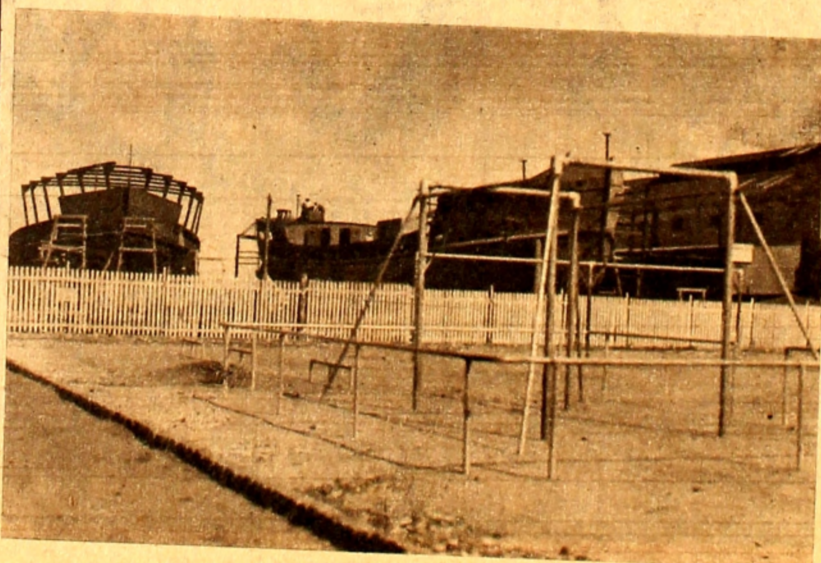
Precisamente, en donde estos días se ve el casco de una chata en reparación, es donde se va a construir un magnífico pabellón de baños totalmente públicos que será un modelo en su género. El tema es extraordinariamente interesante si tenemos en cuenta que en Montevideo no hay todavía más que una institución que proporcione baños gratuitos, que es la sede de la Liga de la Lucha Anti-tuberculosa, en la calle Magallanes. Fuera de ésta, sólo son públicos, los baños instaurados por la Comisión Nal. de Educación Física en las plazas de deportes que están todavía en período de progresión. Tan importante es esto, que un médico a quien se le preguntó en el extranjero "qué hacía" la Comisión Nal. de Educación Física, contestó: "Me avergüenzo de no saber qué hace con detalle, pero me basta con recordar, y me consta, que es una institución en cuyas instalaciones puede bañarse la gente gratuitamente...". Con esta sola indicación logró de inmediato atención hacia los méritos de la Comisión Nal. de Educación Física del Uruguay.

En esta lucha y cuidado para que la gente pueda bañarse con facilidad y salvar al hombre de los miles de gérmenes del sudor y el trabajo que depositados sobre la piel, amenazan constantemente su salud, hay un antecedente interesante. Son las duchas públicas que construyó en la propia calle el Municipio de Montevideo, en Villa Muñoz y en Piedras Blancas, para uso de los niños de esos barrios. Sin embargo, estas duchas no prosperaron sin duda, porque al lado de los baños hay que otorgar otro tipo de atención que solamente puede brindar una dirección desde el campo técnico de la educación física.

La nueva plaza de deportes del barrio Olímpico, dará en este aspecto un paso brillantísimo con la creación de sus baños públicos al servicio de la barriada. Como tantas cosas hechas con la voluntad y el espíritu, la plaza que nos ocupa se financió sin recursos propios, obteniendo recursos de distintos rubros. Ha sido financiada por la Dirección de Paseos Públicos del Municipio, pero por ley no tiene presupuesto. Su funcionamiento está a cargo, como en todas las de su clase, de la Comisión Nacional de Educación Física que preside el Sr. Luis Franzini, que la proveerá del personal docente, profesores y maestros de gimnasia para el cumplimiento de su alta misión ante la juventud y la madurez. No obstante, ya puede verse en toda su superficie, el utilaje surgido de los talleres de la calle Yaro, que muy pronto será completado en todas las exigencias de su función.

El día que todo esté en marcha y los automóviles rueden alrededor de la península por la flamante rambla, la plaza de deportes que ahora vemos aquí ya construída, pero prisionera de sus cuatro costados, será como una viva bandera de la patria uruguaya ostentando hacia el horizonte, sus propósitos culturales y deportivos. Este lugar que era un fuerte militar avizor de un horizonte siempre peligroso, esta tierra que fué también lugar de ejecuciones en los días del Coloniaje, será definitivamente un canto bellísimo al deporte y a la libertad. Entonces la vieja península tendrá frente a las maravillosas tintas de la bahía y del Cerro, su verdadera personalidad.

Rodolfo OBREGON.



Los astilleros dan a la plaza de deportes un fondo de singular escenografía.



Integrantes del batallón de guardias nacionales, comandado por D. Jorge Pacheco. Señalando con una cruz, el poeta R. Risso. (Retratos Album).



Romildo Risso, de guardia nacional, en 1904, acompañado de su padre, el heroico lobo de mar D. Luis Risso (izquierda).

"HIJO'E TIGRE"

LOS EJES DE LA CARRETA DE ROMILDO

EMPECE a saber de Romildo Risso allá por 1937. Fué D. Blas Genovese quien me habló con fe de su obra Se trataba de un compatriota que vivía entonces en Bánfield, después de hacerlo por muchos años en Rosario de Santa Fé. Cayó alguno de sus libros en mis manos. Había allí evidentemente un poeta, todo un poeta. Es cierto que lo rodeaba un halo de lo prohibido. Era "tabú". En un primer momento, no alcanzaba a entender totalmente el secreto. Aparentemente, por mi "viejopanchismo" deberíamos ser enemigos. Porque en él se daba una cierta "viejopanchofobia". Pero yo nunca he creído que, por razones literarias, cuando hay sinceridad en las posiciones respectivas. deba llevarse al terreno de lo personal lo que corresponde a materia de gustos y de opiniones, cuando una de las partes entiende que en la otra, aunque haya distancias, sobra talento. Por eso, sin abdicar de mis convicciones, me interesó el caso de Romildo Risso. El primer encuentro se produjo en enero de 1938, a raíz de una conferencia de José Pereira Rodríguez sobre poesía gauchesca. Aquel hombre, que estaba de visita en ésta, me produjo una impresión extraordinaria. Pocas veces he visto una mirada que se clave tan profundamente. Tenía no sé qué cosa de fuerza aquel rostro, parecía tallado a golpes por un Stephan Erzia. en quebracho. Quise, en la conversación sostenida, revelar aquel misterio que empezaba a preocuparme. De sus reservas, queda la documentación en este trozo de carta que me envió un año después: "... *Estoy debiéndole una explicación desde más de un año... Usted se acercó y nos conocimos. Yo evité la conversación que Ud. deseaba, dando excusas que no eran verdaderas razones; sin embargo, las tenía: no podía invocarlas. Ignoro lo que pensó, pero sepa que mi reserva o mi esquivez estaban justificadas por circunstancias a las que Ud. era y es absolutamente ajeno. Honrado me sentí con su actitud, y si no pude corresponderle, considere la violencia que me impuse, por esta misma manifestación con que me acuso en falta, aunque deba absolvérseme del cargo que las apariencias justificaron...*"

En estos días, el 29 de marzo, se cumplirá el quinto aniversario de su deceso. Y su fama empieza a difundirse a través de "Los ejes de mi carreta". Poco después de aquella carta, volvió a radicarse en ésta su ciudad natal, y conversamos mucho. Hallo hoy el borrador de un reportaje que le hiciera y que nunca plasmó. Nació el 20 de octubre de 1882. De espíritu muy rebelde, hizo sus estudios de bachiller de manera irregular. Se reglamentó sólo en 1er. año, luego continuó en forma libre. Recordaba a sus profesores Gámez Marín y Gómez Ruano y a sus compañeros, los después doctores Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos María Sorín y Argante Peragini. A veces daba exámenes por compañerismo, para hacer trabajar a algunos de los que fueron muchachos en su época. Estudiaba sólo lo que le interesaba y, eso sí, leía mucho. Se embriagaba con obras enteras, no le atraían los textos. Abandonaba las materias que le provocaban indiferencia, entre ellas el latín. Habrá dado exámenes de ocho o diez asignaturas. Mientras tanto, a los diez y seis años estaba empleado en la Contaduría de la Nación. Tenía resistencias morales por las carreras universitarias. En las vacaciones, acompañaba al padre por el interior del país. Le quedaron impresiones para siempre de esos viajes. El aromo que da título a uno de sus libros, lo había visto allá por las canteras de La Paz. Luego se refirió a cómo escribía: muy ligero, sin saber casi que lo hacía. Si se le interrumpía, quedaba el canto sin terminar. De ahí, mucha obra inconclusa. Usaba la asonancia, por encontrar más libertad para las ideas. No le interesaba cuidar la forma. Hablamos de sus carreros. Cuenta una anécdota de un carretero que, al cruzar el Río Negro, se cayó. Lo importante del caso fué la mojadura y sentir la vergüenza gaucha de que a la vuelta supieran de su caída. Anécdota ingenua, a la que le da mucha importancia. Cree que el carretero observa mucho a través de sus viajes. Y le agrada esa vida, porque él es extraordinariamente observador. Le parece absurda la canción popular que dice: "No hay vida más desgraciada, que la del pobre carrero". Es incisivo. No tiene "pelos en la lengua". En la discusión literaria exige pruebas. Sin quererlo, quizás, y en contradicción —tan frecuente en los poetas— con expresiones anteriores, adhiere a la teoría de Poe sobre poesía. Repite a cada momento que no es poeta, que no sabe nada de literatura. Sin embargo, se expresa muy correctamente. Lee sus versos despacio, se transfigura y avejenta al hacerlo. Quizás los lentes arcaicos influyan en esta apreciación. Da entonación, parece que estuviera re-creando. Se "engaucha" totalmente al leer, pero sin énfasis de tablado. Dió cursillos en la Escuela "Venezuela". Hay en él vocación magisterial, en alto sentido nacionalista. Dice que no tiene predilección por alguna de sus poesías. Sólo "El Triste" le llevó ocho horas de trabajo. A propósito de un seudónimo suyo, dice que nació el día de San Juan Cancio y que Inzúa es nombre de un antepasado...

Hasta aquí los apuntes desordenados de aquella conversación, que con afán de ratificarla, los he leído a sus finísimas hermanas Srtas. Irene y Amanda Risso, que guardan como en cofre, sin sensiblerías que no caben en la raza, el recuerdo de su inolvidable Romildo. Puedo agregar hoy, que éste llegó al Rosario de Santa Fe el 30 de junio de 1910 y allí fué gerente de la Compañía Yerbatera Argentina. Viajó mucho con ese motivo, por las sucursales de Tucumán y de Salta, así como por Corrientes, Entre Ríos y varias veces por el Paraguay. Inventó una máquina mezcladora de yerbas que nunca patentó. En 1921 se estableció en Buenos Aires y allí vivió con sus hermanas, en la calle Leandro Alem y Corrientes, alrededor de 9 años. Comerció por cuenta propia con maderas y artículos rurales y viajó por el Paraguay, Misiones y Chaco con ese motivo. Fué vicepresidente de la Comunidad Argentina de Escritores "Corda Fratres", que organizó la 1a. Exposición del Libro Argentino (1931-32), que yo visitara en la Plaza del Congreso y la Avda. Costanera. Nunca quiso, a la manera de Bartolito Mitre, aunque a la inversa, obtener la carta de ciudadanía argentina, a pesar de suculentos ofrecimientos de empleos. Organizó con D. Domingo Lombardi la Sociedad Argentina de Arte Nativo y redactó su manifiesto que aún la rige. Dirigió la revista de la Liga Naval Argentina, hasta 1934.

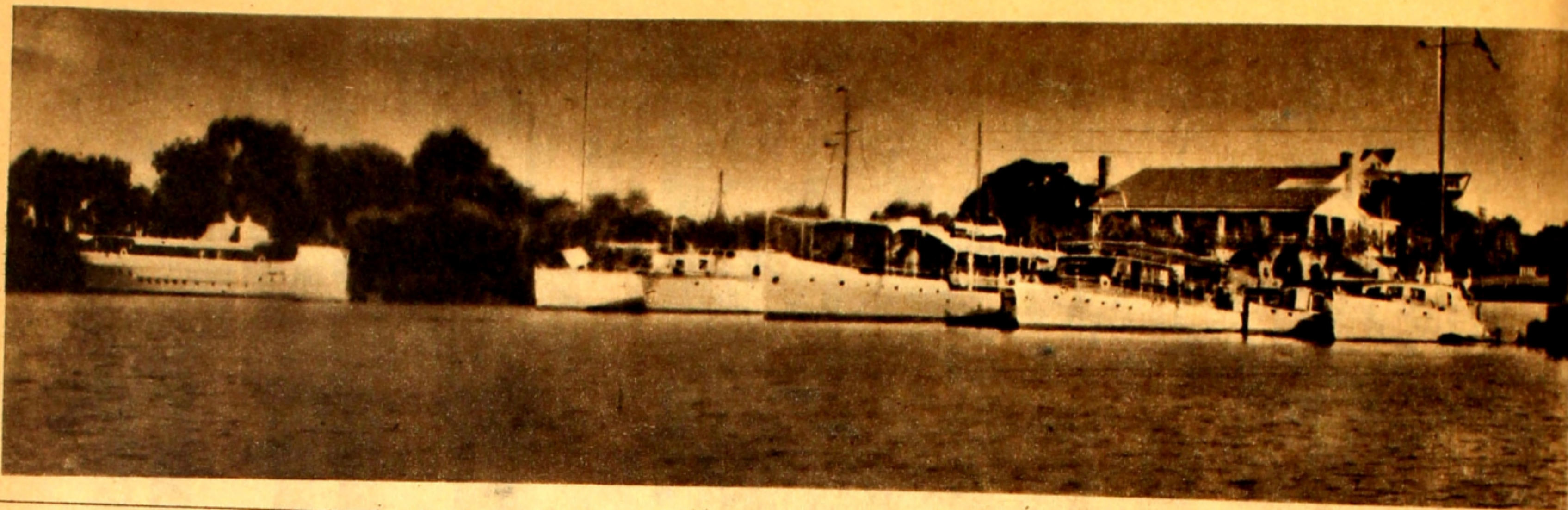
Aquello extraño y contradictorio aparentemente que saltaba a primera vista de sus actitudes, quizás se explique si se tiene en cuenta que, aunque escribía en verso desde joven, pero en forma familiar y humorística, recién lo hizo en serio alrededor de 1930, como una necesidad nacional, como un imperativo de su patriotismo. Ello es lo que lo condujo a no transigir con manifestaciones poéticas en que había mezcla de europeísmos y con otras en que advertía influencias de "ismos" literarios. Entendamos esas sus absolutas en él. Aunque era esencialmente poeta, para él la poesía nativista, más que un fin en sí, era un medio. Porque tenía un sentido heróico de lo gauchesco. Y en él, no podía ser de otra manera. Si fué guardia nacional en la revolución de 1904 y hasta llegó nada menos que a torero, como aficionado, todo ello se explica por su sentido heroico de la vida, que le venía de lejos. Porque este Romildo, que fué amaestrador de perros, que ganó premios en el tiro a la paloma, que fué buen jugador de pelota a "share", que tiraba flechas con maestría, que construía barquitos, luego de dibujar hábilmente sus planos, que tuvo sus intentos de escultor, que poco antes de morir daba en mi casa saltos sin impulso impresionantes, que entretenía a los chicos con toda clase de suertes de cartas, era hijo nada menos que del capitán Luis Risso, aquel hombre que defendió con heroísmo homérico la cañonera "Artigas", de su mando, el 15 de abril de 1897, cuando fué asaltada con audacia frente a Nueva Palmira por un grupo de jóvenes revolucionarios. Momento terrible de nuestras luchas bravías. Hubo héroes y muertos por ambas partes. Llegó un instante en que Risso luchó poco menos que solo contra todos. Recibió tantas heridas que quedó desconocido. Y nadie sabe cómo salvó la vida, ya que no lo ultimaron, pues lo dieron por muerto. Y aquel valor tenía antecedentes ancestrales, de viejos marinos genoveses y de españoles de la colonia. Está emparentado, entre otros, con los hermanos Fernández, que trajeron el Cristo del Cordón y descansan junto a la cruz del segundo cuerpo del Cementerio Central. Cuenta el propio poeta (EL DIA, 15/4/40) que su padre, ya semi inconsciente, apenas tuvo tiempo de decir "*peleen maulas; no se entreguen*" antes de caer poco menos que ultimado. Y Romildo, que jamás fué maula, no se entregó, siguió la aventura varonil y estiró al máximo el arco de su poesía para dar un sentido de lo nativo, de acuerdo con su concepto personal del nativismo.

Continuaré, que el tema da para mucho.

J. C. SABAT PEBET.
(Especial para EL DIA).



Romildo estiró al máximo el arco de su poesía para dar un sentido de lo nativo.

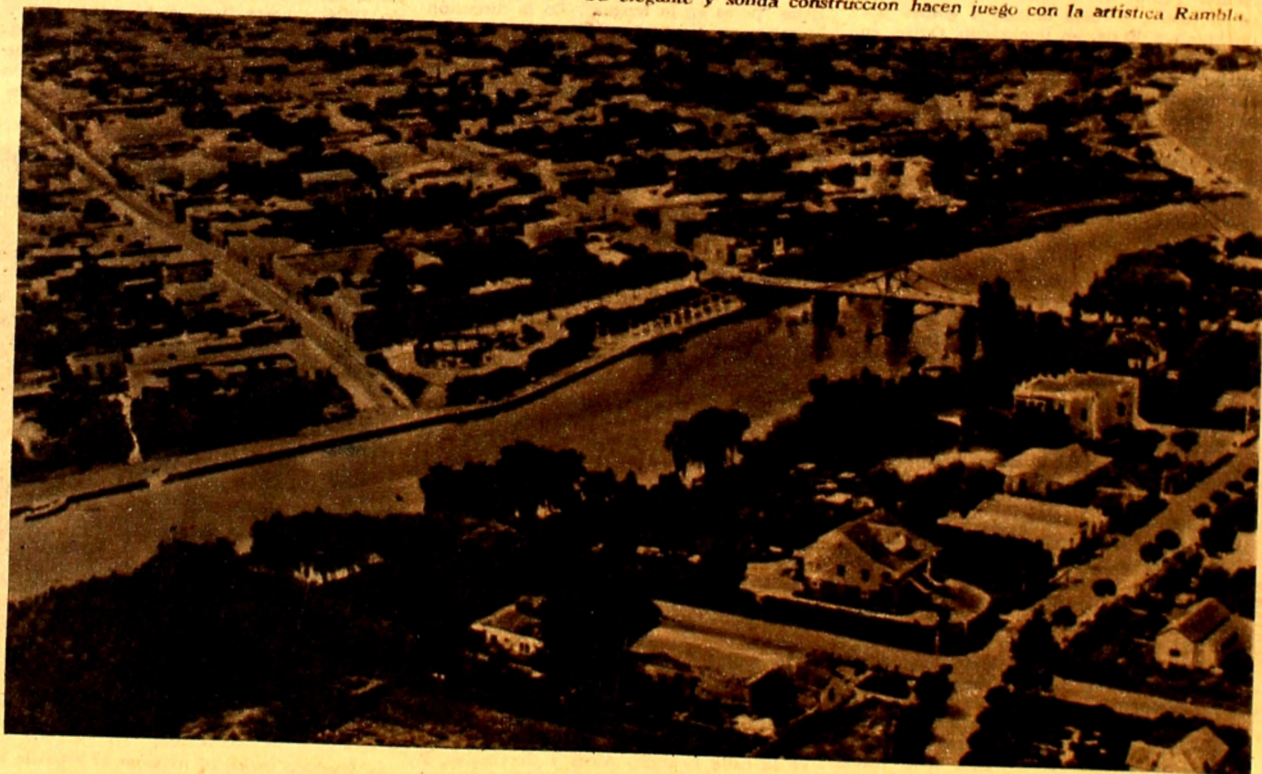


Moderno edificio del Yacht Club, punto de reunión del turismo náutico extranjero.

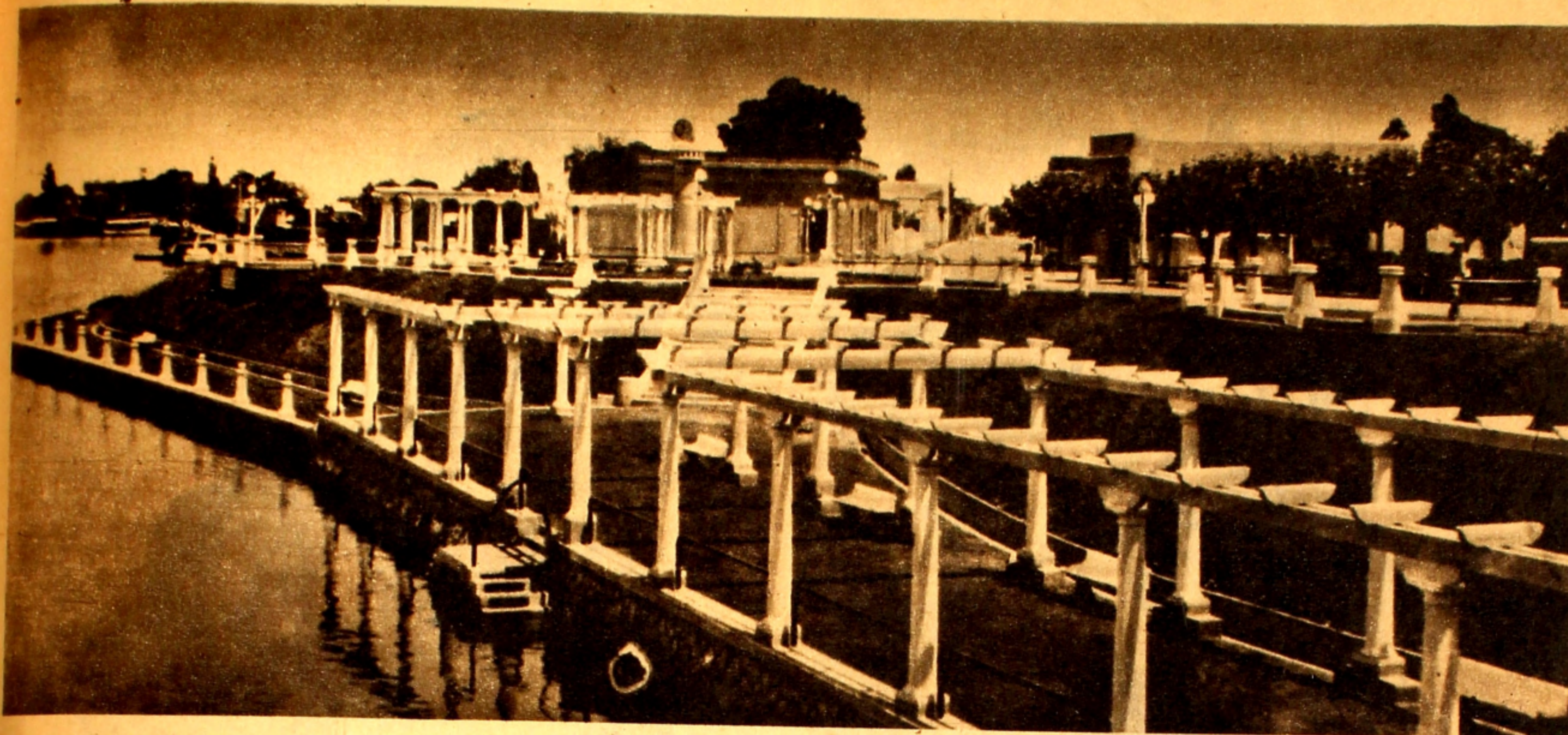
CARMELO CENTRO TURISTICO DEL ESTE



Hermosa vista del Puente giratorio de Carmelo. Su elegante y sólida construcción hacen juego con la artística Rambla.



Vista aérea de Carmelo, cruzado por el arroyo de las Vacas.

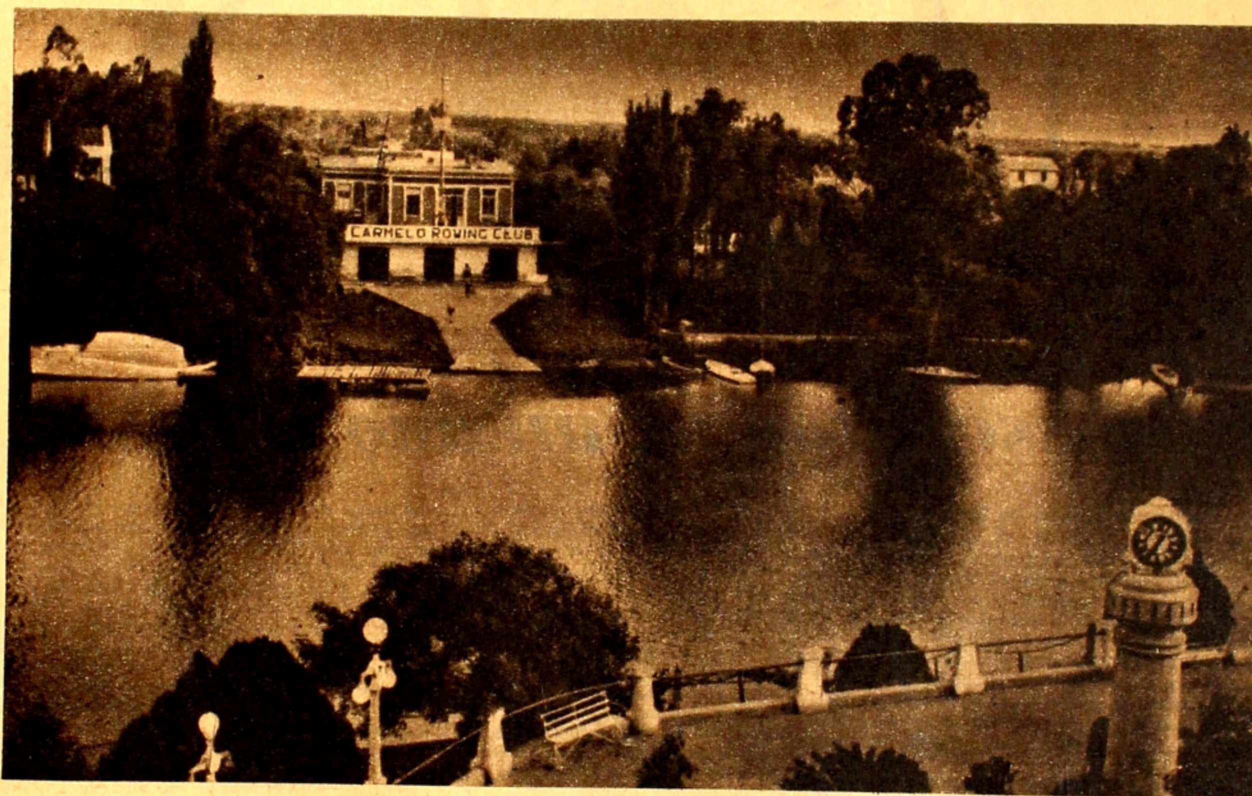


La Rambla de Carmelo, pintoresco paseo público, a orillas del arroyo de las Vacas

FUE el General Artigas quien fundó el pueblo de Carmelo, en 1816, según dice el historiador don Isidoro De María, habiendo dispuesto el Jefe de los Orientales que la antigua población de las Víboras, existen desde 1870, y que se hallaba en suma decadencia, se trasladase a la costa del arroyo de las Vacas, llamado así en razón de haber desembarcado en esta ensenada el primer ganado vacuno que introdujo en el país Hernandarias de Saavedra. Tiene por lo tanto esta linda población un abolengo del que muy justamente se puede enorgullecer.

La excelencia de sus campos destinados a la agricultura y a la ganadería, más la industria de la piedra y arena, le dieron riqueza contribuyendo a su rápido progreso, acrecido por las bellezas naturales del lugar, ideal para el turismo de otoño. El dragado del arroyo ha permitido que sea navegable sin ninguna dificultad en todo su curso inferior, estando todo el año surcado por yates y pequeñas embarcaciones de recreo, muchas de ellas de procedencia argentina, existiendo un "Yacht Club" de instalaciones modernas, y aun lujosas, cerca del atracadero de yates, en plena Rambla Costanera, que es una verdadera maravilla de urbanismo costero.

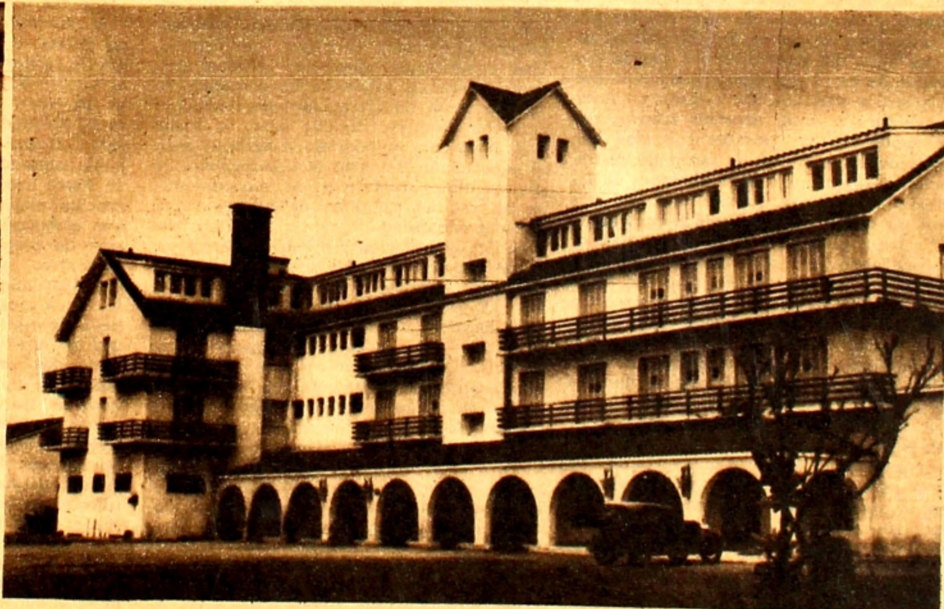
El Casino Hotel, con su correspondiente sala de recreo; moderna sala de cine, el Rowing Club, etc., hacen de Carmelo uno de los más atrayentes puntos de turismo de otoño.



Rowing - Club, institución deportiva del remo.

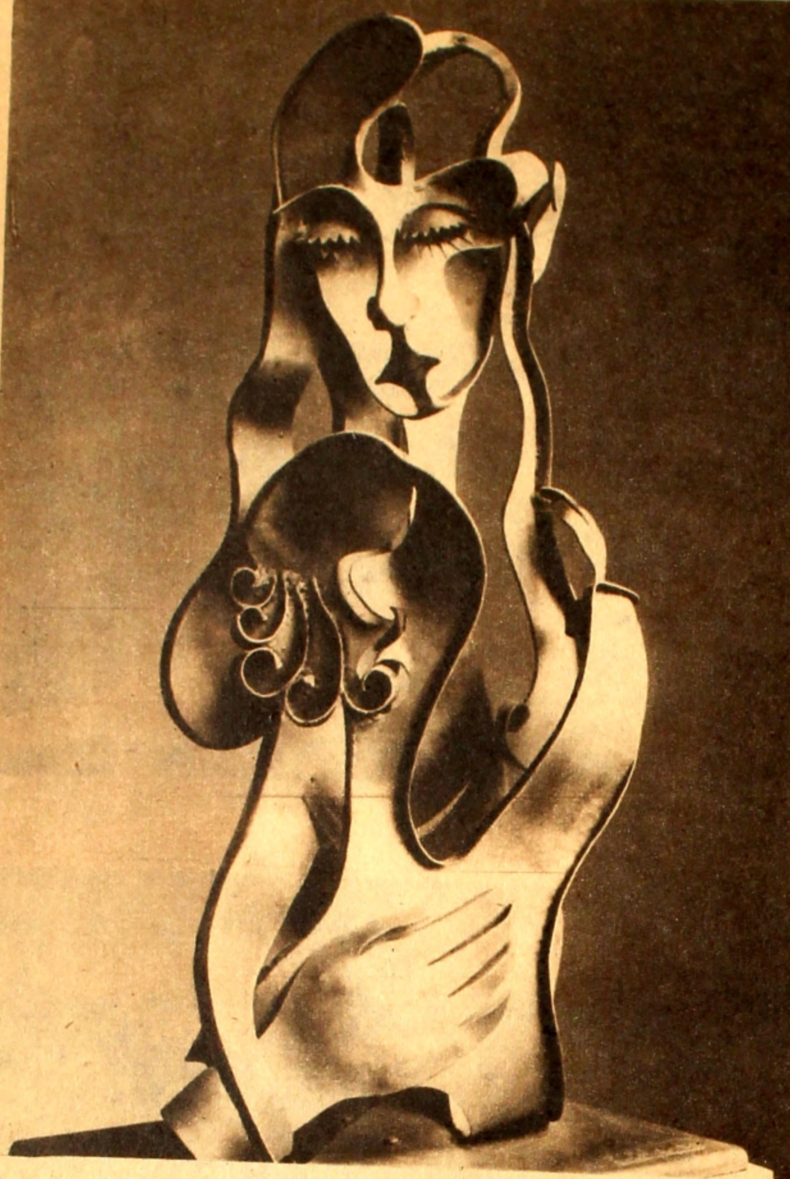


Atracadero para yates con numerosas embarcaciones del yachting rioplatense.



Vista del Casino Hotel, una de las atracciones principales del turismo del Oeste.

(Fotografías Bozzino, de Carmelo).



Maternidad.



Caballo.

EL ESCULTOR EN HIERRO E. BLASCO FERRER

EN la galería La Boétie, de París, ha tenido lugar, del 1 al 15 de febrero, la primera exposición de pintores, escultores y ceramistas, de la Asociación de Artistas e intelectuales españoles en Francia, integrada en su mayoría por exilados políticos. Antes de referirnos a un análisis crítico de la exposición, aunque no tanto crítico como interpretativo de los objetivos en el arte, queremos dedicar unos comentarios a las esculturas en hierro de Eleuterio Blasco Ferrer, que tanto han atraído la atención del público.

Blasco Ferrer es un exilado político, de unos cuarenta y cinco años de edad. Nació en un pueblecito de la provincia de Teruel, modelándose su infancia en un hogar de alfareros y ceramistas. El barro fué su primer elemento de recreación. De niños, todos los hijos del pueblo hemos jugado con el barro, de barro nos hemos ensuciado manos, rostro y vestidos. De retorno de nuestra aventura infantil, nuestras madres nos han vapuleado las posaderas y nos han amoratado los mofletes a fuerza de restregones con el estropajo para librarnos de las cortezas adheridas a nuestra piel. Así una y mil veces. En unos ha podido más el temor a las cuerizas que la atracción del barro, quedando éste como un desagradable recuerdo de feo pecado. En otros, el sabor frío del barro entre los dedos ha sido más fuerte, hasta que lo han hecho carne de su carne, soplo de su espíritu, voluntad creadora de formas. Blasco Ferrer fué de estos últimos, aunque verdad es que la llamada del barro le brota del ancestro de su estirpe, le viene de abolengo y raza.

Pero Blasco Ferrer necesitaba de elementos más blandos y suaves que el barro. De entre los elementos sutiles e inaprehensibles, el más sutil e inaprehensible, el aire, y por eso el más difícil de modelar. ¿Por qué no modelar el aire? ¿Por qué lo que es una posibilidad física, de laboratorio, no ha de serlo también artística? Claro que no puede asirse con las manos, darle forma permanente; sin embargo, la fuerza misteriosa de los pintores estriba en dar forma, bulto, al aire. En Velázquez es el aire el gran definidor de su ambiente pictórico, y en Goya es su energía arrebatadora. (Goya es de los pocos pintores en quienes el aire se hace viento de almas, como si dijéramos que el aire es en Goya el instrumento indispensable para aventar almas).

Blasco Ferrer, sin dejar el barro, sumergiéndose en el misterio del más sutil de los elementos y el más rico de presencias, se hizo pintor. En esta misma exposición hay testimonios de su paleta, con la preocupación de dar forma asible al aire. Y se nos plantea el eterno problema: ¿La pintura es color, solo color? (No nos dejemos engañar por quienes cambian el término color por el de luz, pues son idénticos los términos de la cuestión). Y otras preguntas: ¿La música es sonido, sólo sonido? ¿La escultura es volumen, sólo volumen? ¿La danza es ritmo, sólo ritmo?... Una contestación afirmativa a estas preguntas reduciría el arte a un contenido físico, cuestión de vibraciones de ondas.

Se ha discutido de ello hasta la saciedad. Nada nuevo podríamos agregar, pero el espectáculo del arte contemporáneo, en sus múltiples tentativas de renacimiento, en su rebusca continua de nuevas rutas, en su incapacidad de captar los altos testimonios que la vida presenta al espectáculo de los artistas, nos da respuestas para todos los interrogantes y sus contradicciones. ¿Y para qué sirven estas contestaciones? Después de muchos años de estudiar y medtiar estas cuestiones, llegamos a la conclusión, que los únicos que verdaderamente entendemos de arte son los artistas, por la misma razón que los únicos que entienden de matemáticas son los matemáticos. Los demás sólo hacemos chau-chau.

Para el artista que nos ocupa, la pintura no es un juego de manchas de color, sino una relación de profundidades, no sólo en la proyección geométrica de la perspectiva, sino en la correlación del aire como elemento entre el cual viven los seres. Entre las cosas inertes, como entre los seres animados, hay siempre una zona de aire sin la cual la vida y el arte son imposibles; representarla es misión fundamental del artista. La zona de aire que nos limita nos define como forma, así como el aire que aspiramos define nuestro impulso vital. Coordinar ambas corrientes de aire es el gran problema de la creación artística. (Contemplando, en el museo Rodin, el proceso creativo del monumento a Balzac, comprendemos esta doble corriente elaboradora del misterio artístico). La imponencia de la arquitectura estriba precisamente en el enclaustramiento del aire interior y el dominio del aire exterior. En pintura el problema es más difícil, pues a la par del aire como elemento físico, se trata de captar el aire como determinante espiritual, convirtiéndolo en atmósfera y clima. Pero conviene centremos nuestra crónica en el objetivo que la origina, dejando las teorizaciones para otra ocasión.

Y nuestro objetivo es señalar cómo Blasco Ferrer, en busca de elementos sutiles que le facilitaran su labor recreadora, llegó al hierro. Parecerá paradójico, pero no lo es. El barro para el modelado, el aire para la profundidad, el hierro para la intensidad. Hasta ahora, el trabajo de forja no había superado su calidad decorativa; Blasco Ferre hace con la forja obra monumental. La empresa ha debido ser ardua de una elaboración meticulosa en la rectificación de proporciones. La forja como arte decorativo, se reduce a arpegiados metálicos distribuídos en primer plano. Pero la forja, elevada a la categoría de escultura, lleva consigo una gradación de términos que el aire va llenando de proporciones, hasta dar sensación de volumen a las figuras. La menor falla en la proporcionalidad de esa cantidad de aire entre los términos metálicos, quita calidad interpretativa al simbolismo de las figuras, labor mucho más difícil de lograr artísticamente, si se tiene en cuenta que el golpe del martillo sobre la hoja de hierro templada al fuego, suple a la ductilidad del pincel y a la misma caricia de la mano modelando el barro; aquí la caricia es de fuego y martillo sobre hierro, cuidando que ni el fuego ni el volumen del golpe consuman la parte sutil del aire que, como alma de la forja, va dando volumen y expresión a la escultura. Es sorprendente el milagro del aire y el hierro, fundiéndose para dar al hombre un nuevo estilo artístico.

En estas esculturas en hierro de Blasco Ferer, lo patético alcanza mayor expresión artística que lo normal o eufórico. No creemos que el patetismo sea una calidad anímica de mayores recursos interpretativos que las otras, las que proceden de la serenidad o alegría del alma. El fenómeno de la recreación artística responde a reacciones íntimas del artista, a predisposiciones sensoriales, a estados de alma y de conciencia más o menos constante, que van nutriendo espiritualmente el manantial de la inspiración, al contacto de los sentidos con el mundo exterior. Pero es muy comprensible que los artistas españoles exilados por su convicción política, estén absorbidos por una emoción patética (y la falta de esta emoción es el gran defecto de la exposición a que queremos referirnos). La íntima convicción del derrumbe de tantas nobles ambiciones, la inanidad de tantas ilusiones y ensueños, obligan a nuestros artistas a imaginar el mundo como una ficción más, como una cruel caricatura de una realidad fraccionada en absurdos. De este choque entre la perfección ideal y lo absurdo real dimana el humorismo, algo así como una piedad sonriente por las miserias que estamos obligados a soportar como flete de nuestra vida. Mientras la piedad sonriente se mantiene en una temperatura comprensiva, humorística, la obra no desmerece, pero si decae en desprecio, entonces pierde el equilibrio y degenera en aberración a *pastiche*, falsos ambos resultados, no porque deforman la realidad (no se concibe el arte sin deformación) sino porque la deformación de ambos aspectos negativos anula los otros elementos de la obra artística.

Y aquí está el humor patético de las esculturas en hierro de Blasco Ferrer. En "El último suspiro de Don Quijote", la contracción física del rostro y de la mano logran un patetismo de hundimiento de toda esperanza. La mano, tanto como desgarrar la porfía de la carne, empeñada en seguir viviendo, es un esfuerzo para abrir el pórtico del más allá, por donde las almas vuelan

a la eternidad. Pero el gesto es un interrogante ante el misterio que se avecina. ¿Habrá que despedirse de este mundo de aventuras desventuradas para entrar en el reino de las desventuras venturosas? ¿Valdrá la pena resignarse a morir tranquilamente en busca de la paz soñada? ¿No habrá otra realidad más suceptible de perfección que la de este continuo choque de nuestro deseo contra bachilleres, curas y marqueses, vacíos de aventura y ensueño? En este postrer suspiro Don Quijote no muere devotamente para entrar en el mundo invisible del reposo, sino que muere a lo Caballero Andante, a lo Triste Figura, poniendo gesto duro al misterio, sin dejarse arrebatar la sal de su desesperación ante la injusticia. No es del todo cierto que su desventura queda manifiesta, muriendo cuerdo quien había vivido loco. Vivió y murió con la santa cordura de la indignación, que los bellacos confunden con la locura. Así lo vemos, indignado hasta la muerte, en la eterna transformación simbólica con que nos muestra el fuego, el aire y el hierro fundidos por la mano cálida, orfebrería y arte, de Blasco Ferrer.

El patetismo de *"El úlltimo suspiro de Don Quijote"* declina hasta el dolor sereno de la figura "Maternidad". Si la mano de Don Quijote está en armonía con el gesto, la misma armonía observamos con la de esta figura y el rostro. El contacto leve de la mano sobre el vientre es idéntico al leve sometimiento de la madre al dolor del vientre gestativo. El hierro ha adquirido suavidad de tallo tierno, como si en él mismo fuera a verificarse la floración humana. La forja debió soplar brisas y su fuego debió ser aurora, y el golpe del martillo sobre el yunque alcanzaría sonoridad de beso, pues de lo contrario no se concibe el conjunto de delicadezas femeninas que se desprenden de la escultura.

En la escultura "La Mujer que Llora" son también las manos, tanto como el gesto, las que anuncian el llanto. Los vacíos del rostro dan perspectiva de dolor lejano profundo, que las manos hacen íntimo, tangible. Blasco Ferrer es de los artistas que dan a las manos la facultad de hacer y expresar. Como buen orfebre sabe que las manos lo son todo, el complemento de todo, armonía y proporción, gravedad y densidad, impulso y vuelo, corazón apretad por la congoja y aliento dadívoro, abierto y solidario. (Hay una bella obra de Rodin, dos manos que se elevan formando óvalo desde el contacto de los antebrazos al de los dedos. Si las manos son una gloria de perfección, el título, La Catedral, no es menos glorioso, como definición acabada de lo que las manos simbolizan en la arquitectura creadora del espíritu humano).

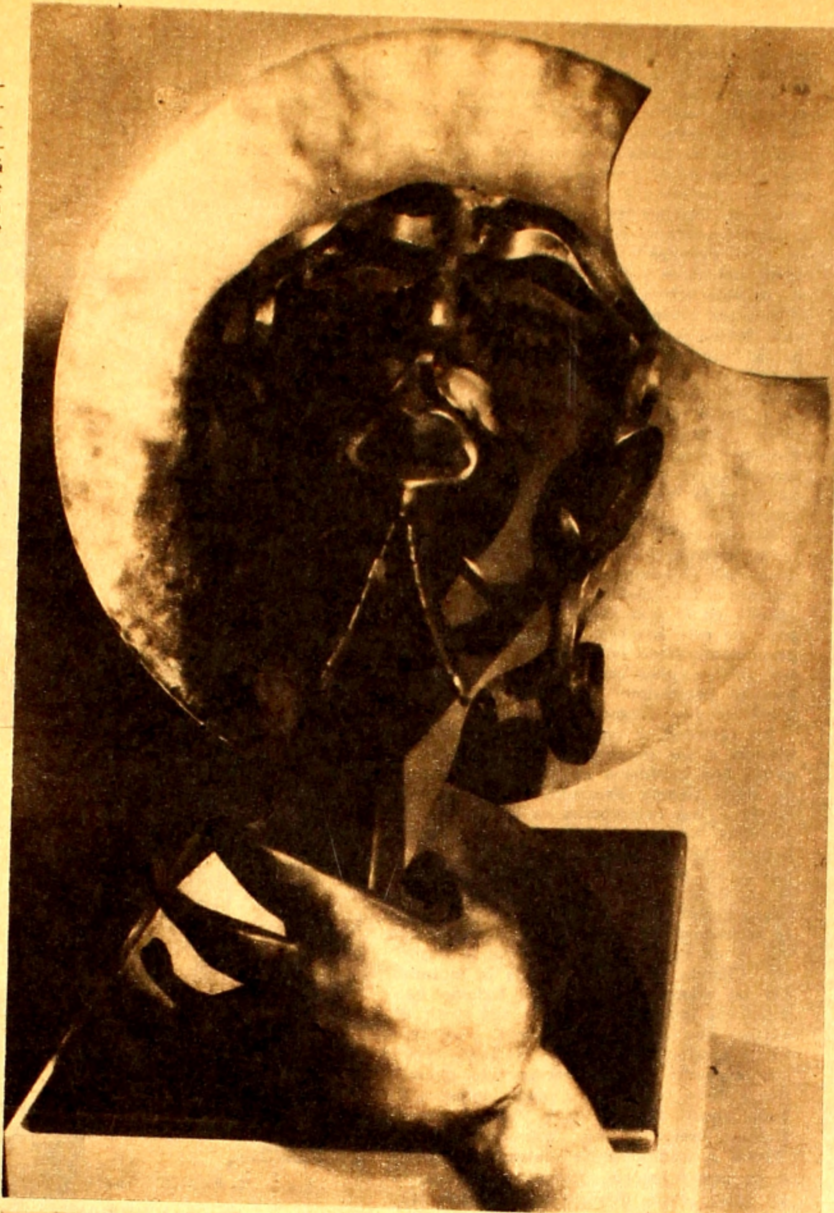
Pero si el hierro es patetismo y dolor, también es ritmo y gracia. Las esculturas "Bailarina" y "Caballo", si decorativas en su estructura, están movidas por un impulso anímico, expansivo en la falda y brazos de la bailarina, concéntrico en la elegante línea del cuello del caballo. Mas el distintivo emocional y formal de Blasco Ferrer es la fuerza en el patetismo, en el dolor y en la gracia de su obra. Fuerza más allá del hierro que la contiene, del fuego que la funde, del beso del martillo que la modela. Es una fuerza que le viene de raza y estirpe espirituales, de la tierra misma que lo creó y modeló en su infancia, del aliento vital de su gente combativa y dispersa, acumulada toda ella en cada uno de sus miembros. Y esta fuerza es lo que no comprenderán nunca los críticos y artistas de conformismo aburguesado, aunque se paren extraviados ante el hierro forjado y dominado por el hombre. Es una fuerza, furia más bien, misteriosa, apasionada, valiente, que lo puede todo, dándole esbeltez de línea al hierro forjado, y sentimiento materno, y llanto femenino, y vuelo de falda andaluza, y caracol genérico al garañón, y patetismo quijotesco de agonía postrimera en busca de la aventura, definitiva.

Se esfuman los adjetivos y aquí están las esculturas expresando lo que la emoción admirativa no puede decir, porque nada hay que decir que llegue más a lo hondo del sentimiento que el hecho mismo de convertir el hierro en ánima sensible.

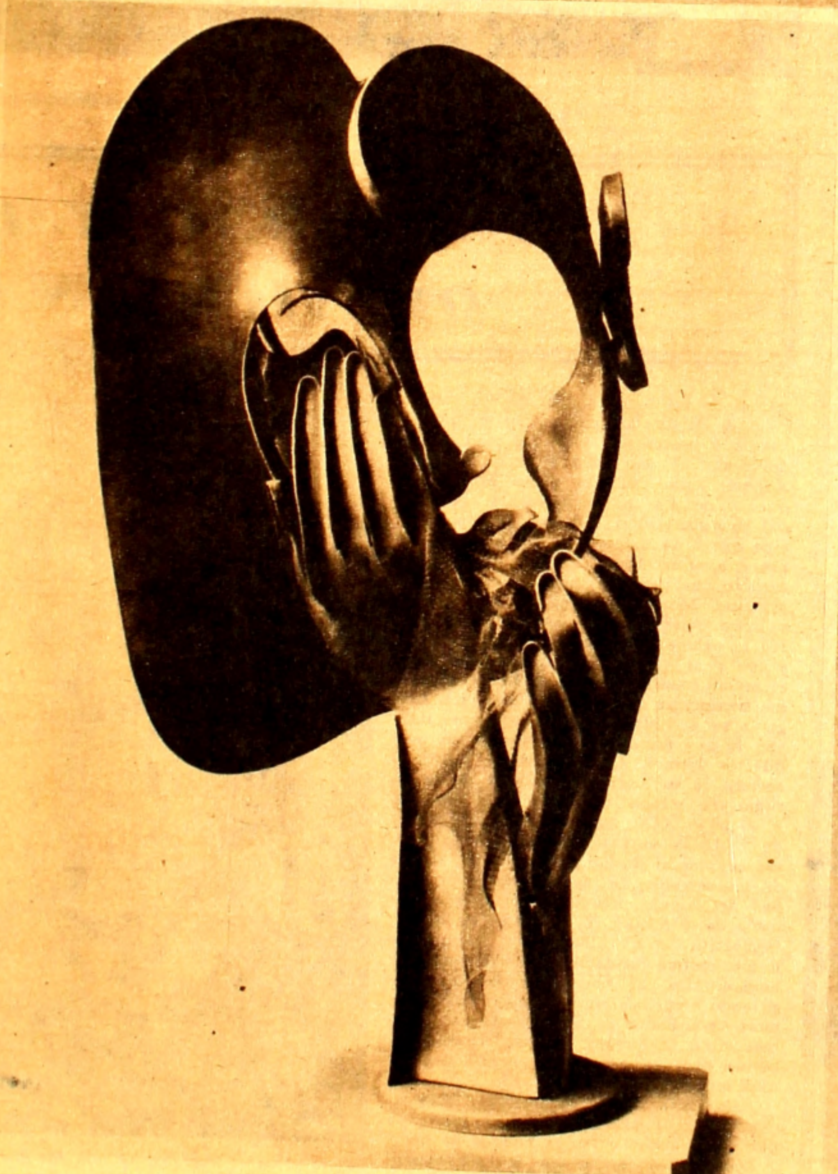
F. FERRANDIZ ALBORZ.

París, marzo de 1951.

(Especial para EL DIA).



El último suspiro de Don Quijote.



La mujer que llora.



Bailarina.

INGENUIDAD Y LI
DE NICOLAS M

UN bibliófilo amigo adquirió en estos días, un ejemplar de "El Príncipe", de Maquiavelo. Procede este libro (se dice y se discute) de la biblioteca privada, o secreta (si secreto hubo), de Madame Pompadour. Con esta sola nota manuscrita. Allí donde dice Maquiavelo: "El príncipe debe ser un héroe, y al mismo tiempo una fiera", anotó al margen la supuesta lectora versallesca: "Y nosotras también". Lo que valga ese "nosotras", lo que sugiera o signifique esa manera de heroísmo o de fiereza, en la manera y condición de la lectora, es algo seguramente no imaginado nunca por el propio Maquiavelo. ¿Hubiera sospechado uno al mordiente florentino (ignorado este hallazgo) en la singular compañía de Madame Pompadour?

He recordado ahora (este libro en la mano) que, en el verano de 1945, y en Berchtesgaden, en el chalet a medias demolido de Borghof, y entre unos libros de Hitler, del incendio salvados, entre polvo y ceniza, rodaba también otro volumen de 'El Príncipe" maquiavélico. La cruz gamada en el lomo. Compañero de infortunio.. "Los Comentarios", de César. Aunque no eran aquellas jornadas propicias para tales curiosidades, todavía hallo en mi carnet de notas, y en pleno Bergchtesgaden apuntado: "Residuo de Hitler: Maquiavelo... y César. ¡Mala compañia! "De Mussolini se dice que también era 'El Príncipe" bagage predilecto en su marcha sobre Roma. De Robespierre se dice —¡se dice!— que leía también a Maquiavelo. Y de Napoleón. Y de Lenín exilado en París, frecuentador de cafés en Montparnasse. Ya se dijo de Voltaire, naturalmente. Y de Bismarck. Aún se dice... Pero ¿quién hizo el censo de los lectores de "El Príncipe", ni halló su rastro en la contabilidad de los libreros? Es lo singular, en todo caso, que Hitler, y Mussolini, y Robespierre, y Napoleón, Lenin y Bismarck... y la Pompadour, y el más inofensivo de los burgueses en la más inofensiva de las situaciones burguesas, habrán leído "La Iliada" (si la leyeron), o "La Divina Comedia", o "Don Quijote". Y nadie habrá pensado de seguro, que buscaban lecciones de heroísmo, o de imprecación vociferante, en la frecuentación de Aquiles, ni secretos del Cielo o del Infierno en ese modelo de espionaje informante que es el poema dantesco, ni de puro desinterés e ilusionismo en el trote de Rocinante. Pero ¿Maquiavelo? ¿Quién ha leído a Maquiavelo sin la intención de aprender maquiavelismo? ¿Quién cree, mejor dicho, que nadie leyó a Maquiavelo sin la intención de aprenderlo?

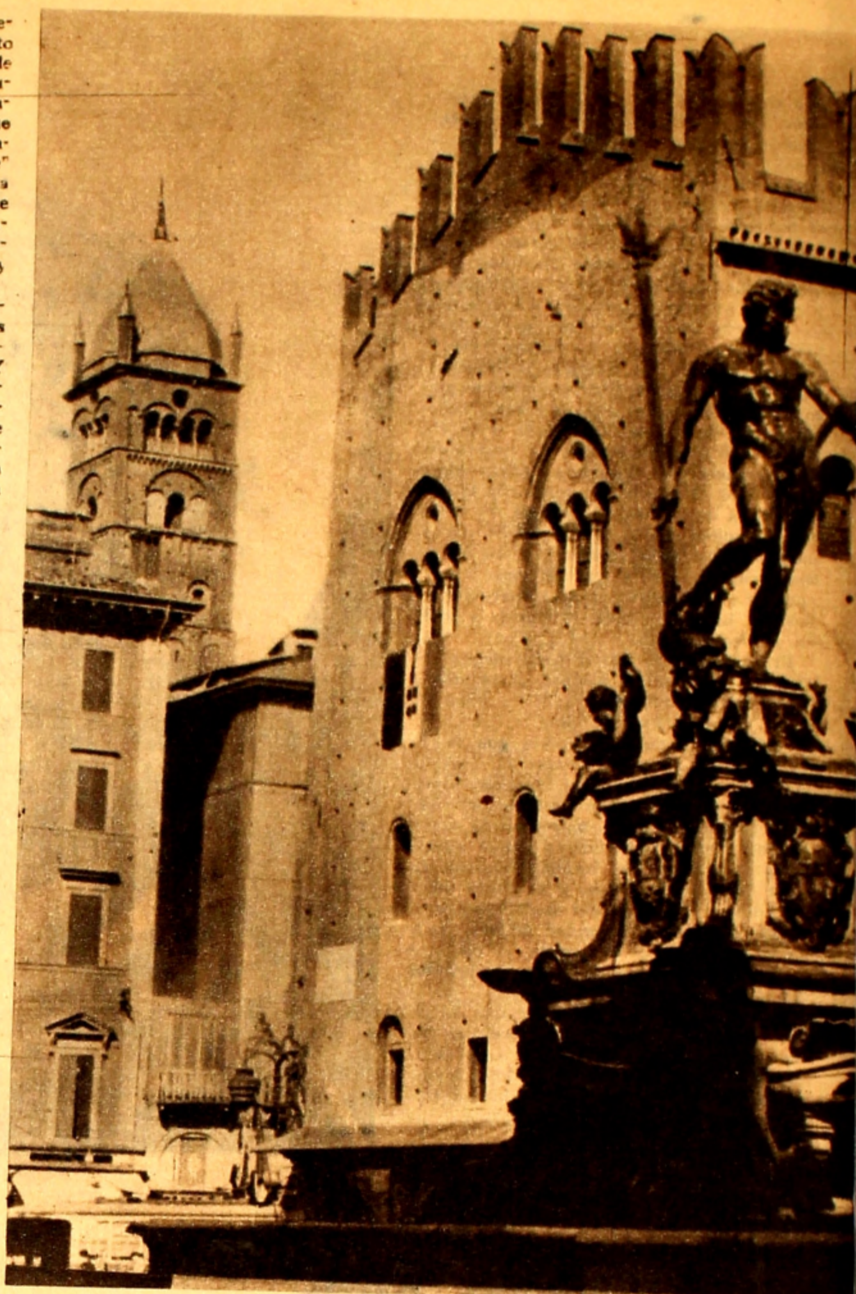
¡Destino extraño el de este florentino ilustre de quien nadie puede asegurar todavía que quiso decir cuanto de él se dice, o se entiende, o se deriva, y mucho menos hacer cuanto él mismo dijera! ¿Hay algo más maquiavélico, en efecto, que las propias contradicciones de Maquiavelo y su manera de apuntar soluciones distintas — y conductas— para los mismos problemas de poder y de gobierno? Yo he vuelto a leerlo en estos días. En el ejemplar de la Pompadour, o de la Pompadour supuesto. He vuelto a leer "El Príncipe", claro está. Y leyendo 'El Príncipe", más que hallo, me atropella la conclusión inevitable: Maquiavelo escribió su "Príncipe" cuando apartado ya de la función política (más de diplomático informante que de político), solitario vivía, alejado y olvidado. "El Príncipe" que es el canto galopante del héroe y de la fiera. Pero antes y en su vida activa, responsable, escribió l "Discursos sobre las Décadas de Tito Livio", buena y pura lección para hombres de la República. De su República florentina, ciertamente. De demócratas al fin. Y aún se definiría el mismo con ésta sentencia - clave: "Cierto es que enseñé a los tiranos cómo se asalta el poder y cómo se conserva aún. También enseñé a los pueblos cómo se mata al tirano". ¿Quién toca fondo en la intención del hombre, o en la conciencia?

Me sorprendo yo mismo siguiendo, ahora, a Maquiavelo. Llevado además de la mano por Madame Pompadour. Maquiavelismo al fin. ¿Hablar aún de Maquiavelo? ¿Ruido en el gran ruido que provocara el paso de este hombre, cuatro siglos ya de permanente ruido no extinguido? ¿Por qué no? ¿Hubo época como la nuestra, en que más se pretendiera hacer maquiavelismo o más maquiavelismos se inventarán?

En realidad, si recompensas concede la historia a sus hombres, grandes, para pagarles una existencia en pena —decía hace algún tiempo Prezzolini, maquiavelista ilustre—, esa recompensa es la leyenda. Y ¿cuántas ha tenido Maquiavelo? Grande hombre hubo todavía que muerto cumpliera, en la leyenda, cuanto no pudo la fuerza de su genio en vida. ¿La leyenda de Maquiavelo? ¿Las leyendas? Del personaje se ampararon en el lecho de muerte todavía. Y en las cimas de la gloria le pusieron. Cuando no en el foso de la infamia. De tal manera lo presentan todavía que difícil es imaginarlo o verlo sin sentir el vértigo que acusa admiraciones, o el nervioso escalofrío del horror. Odiado, temido, renegado, honrado, escarnecido, quemado, imitado, celebrado, copiado, enmascarado, insultado, ¿quién lo fué, al mismo tiempo, mejor y más que Maquiavelo? Trono o trampolín de realeza, de tiranía o de poder resorte, pretexto de crimen y de robo, ¿para qué no ha servido? Hay quien gota a gota lo absorbiera como elixir precioso, y hay quien se embriagó con él, o con el se intoxicó, quien lo vendiera a su tiempo como vino de taberna y hay aún quien lo bebiera como dulzona infusión Al cabo de cuatro siglos, ¿cuántos Maquiavelos ya? El de los tiranos de su tiempo, el de los patriotas, el de los filósofos, el de los enciclopedistas, el de los protestantes, el de los católicos, el de los letrados, el de los ignaros, el de los discursos oficiales, el de los arribistas, el de los satisfechos, el de los insatisfechos, y el más conocido y menos él: el de los malhechores del poder. Y así nació el maquiavelismo. Aunque acaso hubiera dicho Maquiavelo que él no era un maquiavélico. ¿Carrera del maquiavelismo? Al servicio del príncipe que a su duque domina, o a su capitán, o a su sacerdote. Y al servicio del sacerdote que príncipe quiera ser y se hace príncipe. Mejor sigue en privado su enseñanza quien más le combate en público. No lo exhibe el autócrata, o no lo invoca, y con él se legitima sin embargo. Lo niega el revolucionario y siente la fiebre, al mismo tiempo, de sus mejores sentencias. Llegan a ser sus libros, para generaciones nuevas, lo que fueran para él mismo sus predilectos latinos. Con pasión se buscó el secreto de su fuerza apasionante. Se le estudió con pasión, con ardor, con rebeldía. Y el siglo XIX, siglo de nacionalismos y de "virtudes activas", de Maquiavelo pues, vió renacer al florentino y salir del rincón de los secretos, de las bibliotecas prohibidas del ropaje prestado que máscara le hacía de sí mismo. Y le mostró de nuevo, despectiva la risa, sangrante siempre la ironía, castigo de débiles, de vacilantes, de humanitarios, de bonzos endurecidos. Sugiriendo empresas audaces, derribando profetas desarmados ,o combatiendo con alma invencible la fortuna adversa. Inventando héroes para los pueblos. Y demasiados héroes inventó 1914 acechaba.

¿De dónde viene, sin embargo, Maquiavelo? ¿Por dónde anduvo, lo primero, ya que en el andar y ver el hombre se hizo?

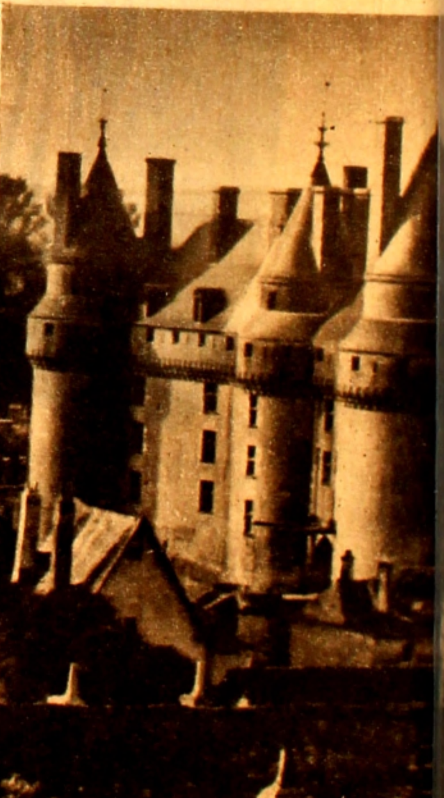
Diplomático andariego o informador, mejor, de su República florentina. Cortos



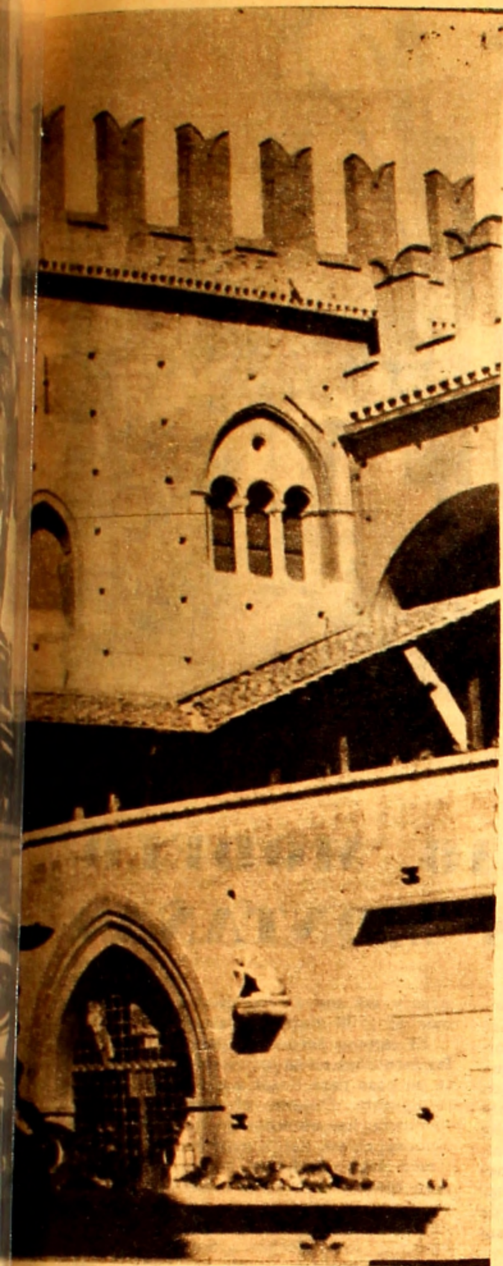
Época maquiavélica de este palacio del rey Enzo, en Bolonia, que h



Los mármoles de la catedral de Siena, filigrana y equilibrio, son la Siena de Maquiavelo.



En Francia hallaba todavía Maquiavelo la E... sitando a Luis XII en este castillo de



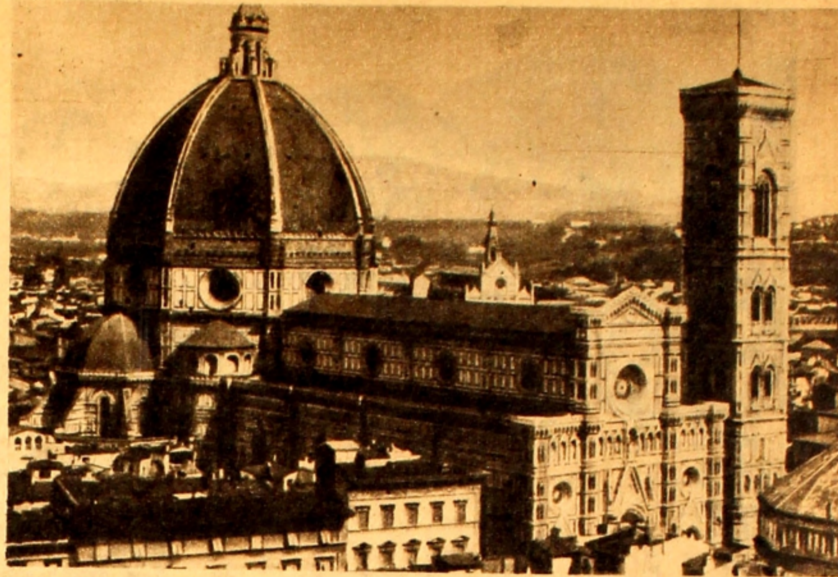
fuente maravillosa de Neptuno.

NDA UIAVELO

los viajes, sin embargo. Dos veces visita Maquiavelo al emperador Maximiliano, "diletante de la política que con una mano deshace un reino y un ducado atrapa con la otra" — juzgaba ya el florentino. Va dos veces a Roma, a la Roma putrefacta de su tiempo, y no le asombra nada. Porque aprendió en Seutonio "que hubo emperadores peores que los papas". Los papas de su tiempo. Alejandro Borgia andaba entre ellos. Y va a Siena (una vez), en visita al tirano Petrucci, a quien respetuosamente... desprecia. Y hace su reverencia, en Forli, a Catalina Sforza, de quien es mejor no decir nada que hablar a medias, o en sordina. Y a Paolo Baglioni, en Perusa: "canalla imbécil — dice Maquiavelo — que el poder ama y no sabe conservarlo". Y va a Pisa, para romper concilios y expulsar cardenales. Tarde a Venecia... Miseria .Podredumbre. Asco y desprecio del florentino. A Francia viene (cuatro veces), pirueta y reverencia serias ante un Luis XII hermético, en el castillo de Lanegais y en Blois. A Luis XII — añade — "sórdido protector, desconfiado y aliado", de su República florentina. Y su único elogio le dedica. Hace el elogio de aquella Francia, "en orden, con mística fuerza de realeza. Con un sentido místico de rey-jefe, en oposición al sentido condotiero del jefe-rey, producto italiano de su tiempo. Loa de Luis XII, "padre del pueblo". Aunque nadie sepa aún el porqué de esta "paternidad". Ni lo explique Maquiavelo. Pero ¿ha explicado nadie todavía el porqué de otras paternidades semejantes en nuestro propio tiempo? ¿Quién retiene, sin embargo, la resbaladiza intención de Maquiavelo?

vi-

¿De dónde viene el hombre? Cuando acaba el siglo XV — Maquiavelo en activo — Italia y las ciudades de Italia son tierra y coto de guerras, de rebeliones, de intrigas, de asaltos sangrientos al poder. Divididas las ciudades, oprimidas, atacadas, asaltadas, saqueadas. Divididas dentro, lo primero. En sectores cerrados, en facciones, en partidos, en familias. Gritar importa y no importa qué, ni cuándo, ni cómo. El grito, esencia de cada ciudad. Gritar: "¡Viva Cosme-jefe!", o Lorenzo, o Ludovico... Pero quién grita, "¡Viva Cosme!", prepárase ya para gritar, "!Viva Lorenzo!" Y gritando, "¡Viva Lorenzo!" piensa en gritar, "¡Viva Ludovico!" Hervían las pasiones y estallaba la caldera pública cuando una mano fuerte no comprimía la envoltura. Todo el mundo en busca de algo nuevo. Un "todo el mundo" que llamaba a las armas en la plasa pública. O a la plaza pública bajaba decidiendo en armas la suerte de la política. Sitiadas, defendidas (o no defendidas), ocupadas, perdidas y ocupadas de nuevo, pasaban las ciudades de una mano a otra mano, a merced del más audaz, del aventurero que llega, del charlatán florido que se detiene. Y, en cada ciudad, cada partido y todos los partidos, tienen cómplices dentro. Y, teniéndolos, no hay foso invulnerable, ni muralla ni puerta segura. Rarísimas las defensas obstinadas. Diez hombres, cien, trescientos, son ya un ejército. Un tronco de árbol, una escala, una propina a veces, y una fortaleza cae. ¿Los jefes? Nacían los jefes, crecían, vencían, desaparecían, renacían, para desaparecer de nuevo. Turnaban y eran todos iguales. Ahorcaban, descuartizaban, cortaban cabezas. Y eran ahorcados, descuartizados, decapitados. Firmaban tratados... para romperlos. Ocupaban ciudades... para perderlas. Oprimían pueblos... para abandonarlos en seguida. ¿Entre jefes? Un juego de cuatro esquinas, o de escondite. Todos los golpes para quien quedaba en medio. Todos... a cuenta y reserva de la revancha propia. Una sola obsesión dominante: conquistar. Pagando gentes de armas que contra el propio jefe se rebelaban luego. De mano en mano pasaban los hombres de guerra como fichas de juego entre jugador y banquero. O a la inversa. La política, la guerra, la conquista, para el Señor y para el Príncipe, o para el tirano, o para la República, una manera de juego en trapecio oscilante, que daba la victoria... o del que era posible salir, en caso de derrota, con el daño menor. En lo más adverso... deuda a pagar en florines, o perdiendo una ciudad. A partida recomenzada, recuperación de pérdidas. No dejarse la piel en la aventura importaba solamente. El arañazo o la primera sangre eran no más de rigor. Demasiado pronto hubieran terminado de otro modo el bello juego de la política y el balancín de la guerra. Venecia y Milán, Luca y Pisa, Siena y Florencia, el papa y el Imperio, Génova y Savoya, tenían motivos bastante para justificar a fondo todas sus rivalidades. Ninguno bastante fuerte, sin embargo, para olvidar que el engrandecimiento de un aliado es más peligroso que su competencia. Por eso una alianza oportuna y 'maquiavélica", o una traición a tiempo, mediación insospechada a veces, salvaba siempre el más débil cuando iba a sucumbir. Afilábase la daga de la política en este juego, se agudizaba aún. Ya no era daga sino bisturí. O navaja barbera con doble filo abierto... y con punta ad más ¿La política? El arte del seguro, y del reaseguro, de la maniobra... con contramaniobra, del ardid y el contra-ardid, de la mina tan hondamente cavada y tan profunda que igualmente peligroso hacíase el terreno para un adversario y otro. La más sutil de las diplomacias nace (a forceps) fértil en combinaciones aventuradas, maestra en pequeñas traiciones ,o grandes, en raras fidelidades, en cambios inesperados... ¿La guerra? Los italianos dirigían su política. Para hacer la guerra, el mercenario. ¿Demasiado inteligentes para batirse entre sí? El comercio, y la banca, y la intriga, producían bastante para alquilar capitanes y comprar soldados. Con su quiebra. Porque no eran ignaros los capitanes y sabía el capitán alquilado que tanto más larga era la guerra, más largo el capitanato. Y la paga. Y alargaban el uno alargando la otra. ¡El condotiero! ¿Hay algo más singular y propio de la época maquiavélica? Reyes nómadas que recorren Italia en busca de rey estable, de contrato y de sueldo. Reyes nómadas que para ofrecer servicios se aproximan y nadie sabe si limosna piden, o si pedirán la bolsa. ¿Era evitable que entre tales capitanes y soldados tales, de partidos diferentes, pactos secretos se firmasen, más decisivos a veces que los pactos reales? ¿Era evitable que sólo en casos excepcionales decidieran tales capitanes poner término a la guerra con actividades propias? Para un capitán de aventura llamábase la victoria pérdida de empleo. Y ¿era evitable aún la compensación de pérdida? Compensación de despedida era el abandono de la ciudad conquistada al saqueo de los soldados. Saqueo escrupuloso, con método, de sótano a buhardilla. Feroz, si obstinada se defendió una ciudad. Porque se mataba entonces. Y también con método y escrupulosamente. No respetadas las reglas de la guerra fingida, aplicábanse las "leyes" de la guerra verdadera.



La gran aureola nueva de la Florencia maquiavélica, en Santa María de la Flor.

No había ciudad unida, en la Italia de fin del siglo XV. Los partidos, los barrios, las familias, algo se disputaban siempre. Algo y algos a vengar, o a reivindicar. Temía el mandarín al mandado no siempre menos que el mandado al mandarín. Todos en trance de trepar al mástil de cucaña del poder. O derrumbándose todos entre algazara y risa de multitud que todavía aspira. Vergonzoso el perder. El ganar engañando, no. Traicionado ya el aliado de hoy, el efectivo, con el posible aliado de mañana. Cada uno más sutil, en su opinión, que su vecino. Emulación al engaño. Inteligencia el ardid. Campeonato la intriga.

De este mundo viene el florentino autor de "El Príncipe". Y un hombre, aunque se llame Nicolás Maquiavelo, no puede evadirse por entero de su tiempo. Y Maquiavelo (político y substancia de política) pertenece a una época y a un mundo que llama Estado, o República, o Principado, o Reino, a una ciudad, de una ciudad hace Estado, y encierra soberanías en vision de campanario. Sin que en este juicio haya condenación de una época. Ni de su manera de hacer política. O Estado. Que en la época de Maquiavelo — y en su mundo — cada ciudad de Italia fuese un Estado aparte (y un mundo), con su tirano propio, con su gobierno y su propio condotiero ,que la vista de cada campanario anunciase una frontera, una "guerrita" cada encrucijada, un complot cada antesala de tirano, una emboscada y un crimen — o cien — cada mutación política en estrecheces de barrio, no quiere decir en modo alguno que lo visto más tarde, y vivido, el gran Estado y Reino grande (con muchas ciudades dentro) sea más limpio y humano, ni más puro, ni mas libre, ni aún menos caricaturesco.

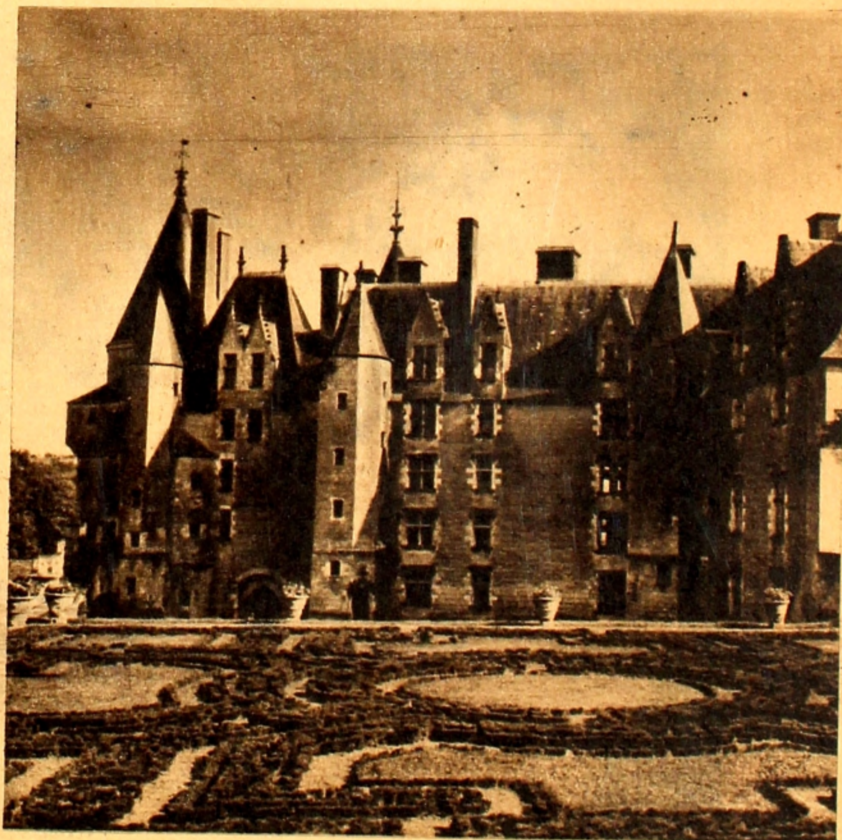
En realidad, todo el horror de Maquiavelo en esta conclusión se quiebra: Todos los medios, ¡todos! (los justificaba el fin) buenos eran para hacer del microcosmos sangriento de su tiempo una unidad legal pacificada. Soñaba Maquiavelo que el verdadero horror, el de su tiempo, tal como su tiempo era, otro horror justificaba (el de su Príncipe), instrumento pacificador al fin ,en cuanto matase "aquello".

¿Qué puede tener de común este Maquiavelo con el maquiavelismo de nuestro tiempo? Y ¿qué puede tener de común el horror pequeñito de la época maquiavélica con los horrores de nuestro propio siglo? ¿El horror de Maquiavelo? ¿El galopar frenético y amoral de Maquiavelo, caballero de sus héroes? Juego ingenuo de adolescente ante el galope super-apocalíptico de los héroes siglo XX. ¿Qué pesa un César Borgia, o un Fernando de Aragón, o un Ludovico Sforza, o un Baglioni, cuando la balanza rompen pesadumbres de nuestro tiempo, llámense hitlerianas, mussolinescas o ruso-asiáticas?

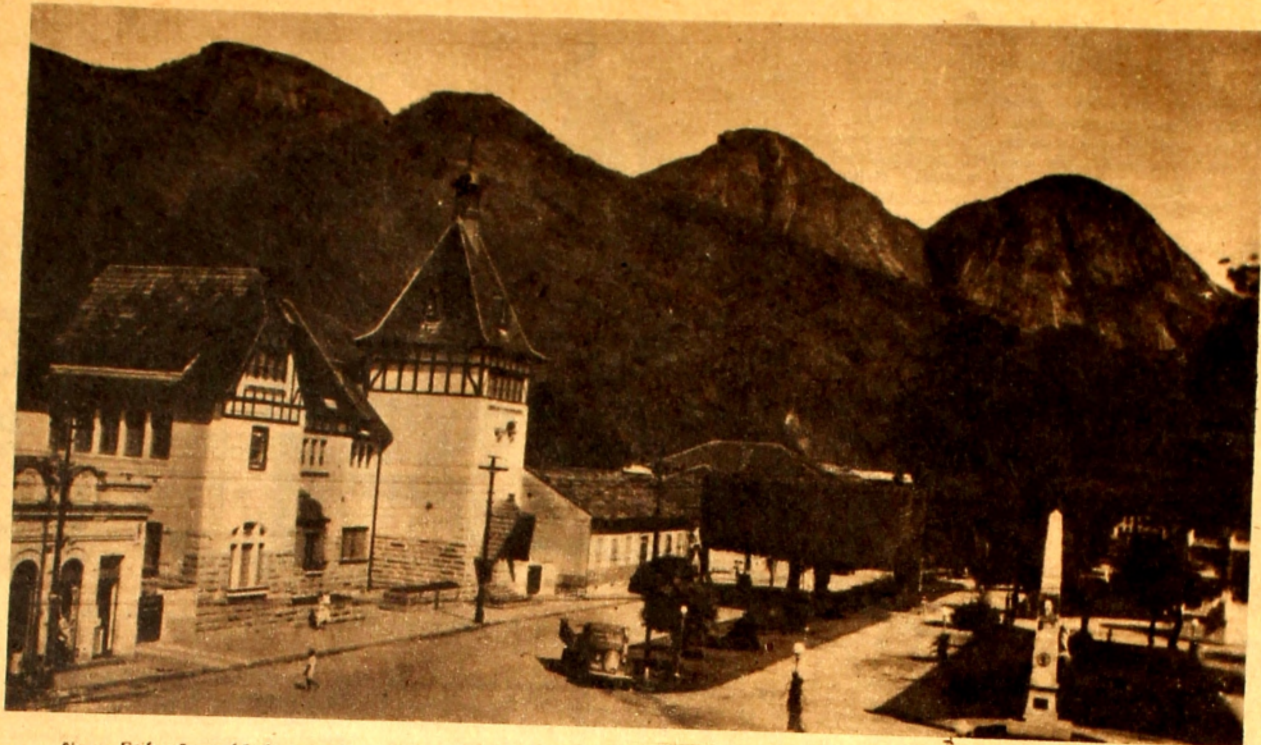
J. B. TOLEDO.

Burdeos, 1951.

(Especial para EL DIA).



Fachada humanizada y jardines a la manera antigua en un castillo de Langeais que ya se hace habitable.



Novo Friburgo, poblada primitivamente por suizos, y luego por alemanes, ofrece el aspecto de las ciudades europeas.



Restos del bosque de ladera bordean los morros graníticos.



Mole rocosa en la cima de uno de los cerros que dominan la región.

UN COLEGIO MODELO ENTRE LAS MONTAÑAS

EL camino que saliendo de Niteroi (antes Nictheroy) se dirige al Noreste del Estado de Río de Janeiro, deja el abigarrado conjunto de morros gnéissicos que rodean a dicha ciudad y que contribuyen a realzar la magnífica belleza de la bahía de Guanabara, y se interna en una amplia baixada o llanura sedimentaria, donde alternan los esteros aún salvajes e impenetrables, que representan un peligro potencial para la salud humana, y las tierras de labor, de productividad variable, con sus plantíos de bananos, maíz y hortalizas.

Luego el camino, transformado en una carretera cuyo cuidado se hace difícil a causa de la intensidad de los efectos de la erosión y la frecuencia de los deslizamientos de tierra a lo largo de las laderas, cruza las serranías que forman un prólogo orográfico de la fantástica Serra dos Orgaos, gigantesca raíz de una vieja cordillera arrasada por la obra de denudación milenaria, y que aún levanta sus ufanas aristas gnéissicas y sus moles redondeadas de granito a más de 1500 metros de altura.

El camino serpentea por las laderas de las montañas en su incansable afán de abrirse un paso para llegar a alcanzar la vertiente opuesta. Durante el viaje el altímetro denuncia los ascensos y descensos de la sinuosa curva del itinerario. El aire más fresco hace olvidar el horno estival de la gran metrópoli brasileña. La humedad del ambiente se delata por la presencia de una niebla matinal, verdadera gasa bajo la que duermen los helechos arborescentes y las plantas higrófilas, y que se deshace rápidamente ante los abrasadores rayos del sol.

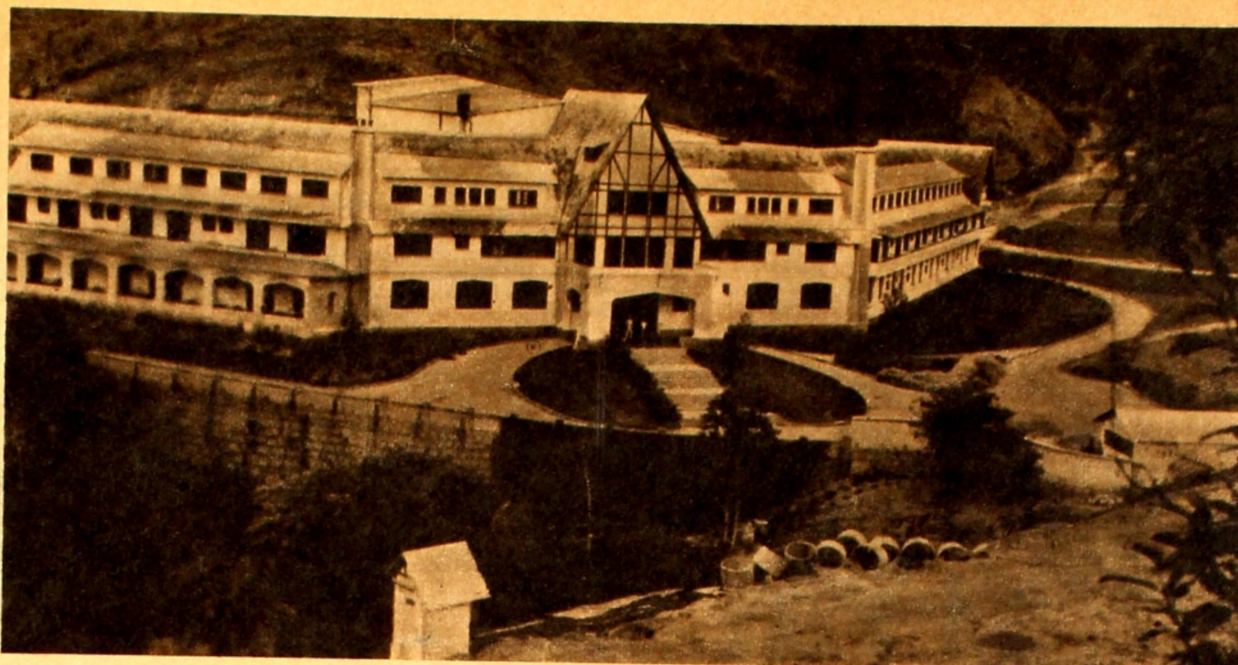
Tras de algunos centenares de vueltas del camino, surgen de pronto las primeras casas de una ciudad, Novo Friburgo, situada en pleno planalto a 850 mts. sobre el nivel del mar, y dominando la ciudad, construído en forma audaz e intèligente, el monumental Colegio de la Fundación Getulio Vargas.



Fantásticas moles de granito dominan los alrededores del colegio.



Uno de los ángulos del edificio del colegio, y cerros que lo rodean.



Vista parcial del Colegio de la Fundación Getulio Vargas, situado a casi mil metros de altura.

Dicho colegio, al cual se llega por un camino que poco se diferencia de una escalera de caracol, se encuentra al borde de una impresionante ruptura de pendiente, por la que se precipita un pequeño arroyuelo formando una espectacular cascada, en un valle suspendido y comprendido entre inmensas moles de roca, en un lugar que no ha mucho tiempo estuvo poblado por selva de ladera, de la que aún quedan algunos restos en las inmediaciones del colegio.

El edificio, de una concepción arquitectónica notable, fué construido con miras a ser destinado para hotel. Luego se decidió instalar en él un colegio de enseñanza secundaria. A pesar de este cambio, su aspecto, su ubicación, siguen dándole apariencia de hotel. Quien visita el edificio y se deleita mirando desde sus magníficas terrazas el abigarrado conjunto de montañas cubiertas parcialmente de bosque o de la ciudad de Novo Friburgo, extendida a lo largo de su alvéolo sedimentario, llega a pensar que aquellos momentos de plenitud, de paz y de libertad han de esfumarse, cuando lleguen los alegres grupos de alumnos y la disciplina severa y los horarios rígidos comiencen a aplicarse con todo rigor. Este mismo pensamiento lo he tenido yo, antes de enterarme de la organización y del funcionamiento del colegio, brillantemente explicados por el profesor Murillo.

Oída la disertación del mencionado educador y algunos de sus otros colegas, la sorpresa y la admiración embargaron durante días enteros mi ánimo. Pues allí, en forma silenciosa, perdidos entre las montañas, en tierras que algunos todavia consideran el Brasil salvaje, se realizan y están dando ya resultados, las más extraordinarias experiencias pedagógicas del continente.

El Colegio de la Fundación Getulio Vargas está sometido prácticamente a todas las normas reglamentarias que impone el Estado brasileño. Las cumple estrictamente; los programas de curso no se alteran para nada. Pero aparte del cumplimiento de estas normas, que son el mínimo que el Estado exige, el colegio conduce a los alumnos y los hace vivir en un mundo enteramente desconocido para los pedagogos de ocasión, que se revuelven a cada momento exigiendo reformas, sin comprender que no son los planes ni los programas, sino los hombres (en el verdadero sentido de la palabra) pacientes, inteligentes, bondadosos, conocedores de su arte y de su ciencia, los que han de modelar la juventud.

La exposición del profesor Murillo llenó de tal entusiasmo a los miembros de la Asociación de Geógrafos Brasileños (casi todos brillantes profesores), que se llevó a cabo, a continuación un debate sobre cuestiones de enseñanza. Y en aquel ambiente de elevada cultura y de seriedad pedagógica, tres ideas directrices expuestas rivalizaban en profundidad y en amplitud:

1) Los directores de enseñanza media deberían ser fundamentalmente demócratas pero desvinculados absolutamente de toda tendencia política, y por lo menos de tan alta capacidad pedagógica como los más destacados profesores.

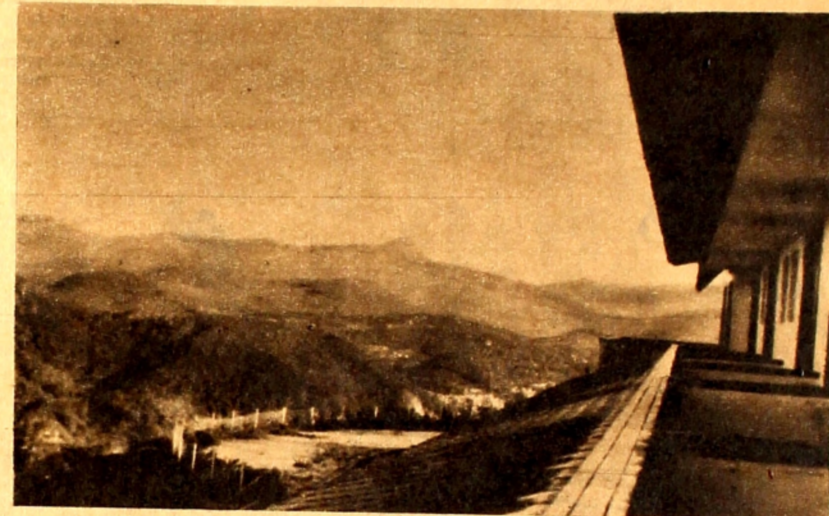
2) Sólo durante los primeros años (a lo suino tres) la enseñanza liceal se ajustaría a programas uniformes. Luego debería seguir una polifurcación cada vez más amplia, hasta llegar a orientar hacia todos los caminos posibles, de acuerdo con las vocaciones y capacidades de los estudiantes.

3) Si los profesores fueran más maestros (pedagogos) y los maestros más profundos, la unificación de la enseñanza primaria y la secundaria no presentaría el afligente problema actual.

Jorge CHEBATAROFF.

Fotografías del autor.

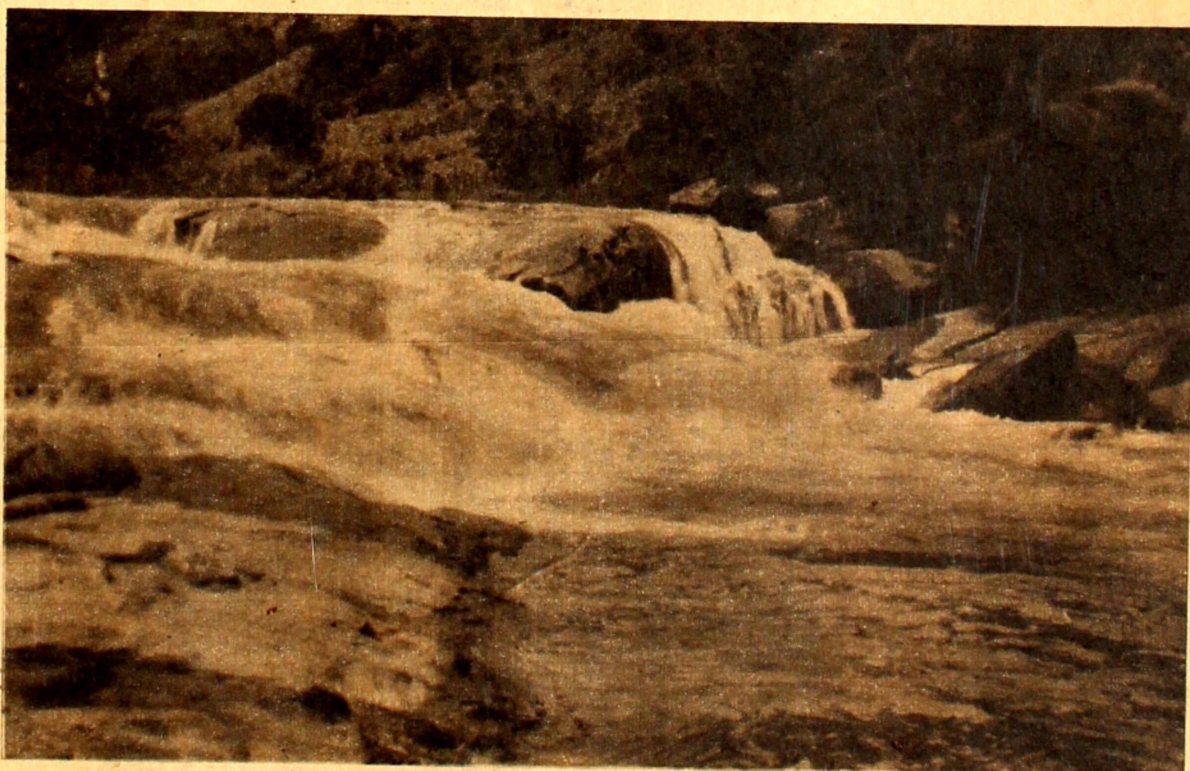
(Especial para EL DIA).



Desde las terrazas del colegio puede contemplarse un espectacular conjunto de montañas en parte cubiertas de bosque.

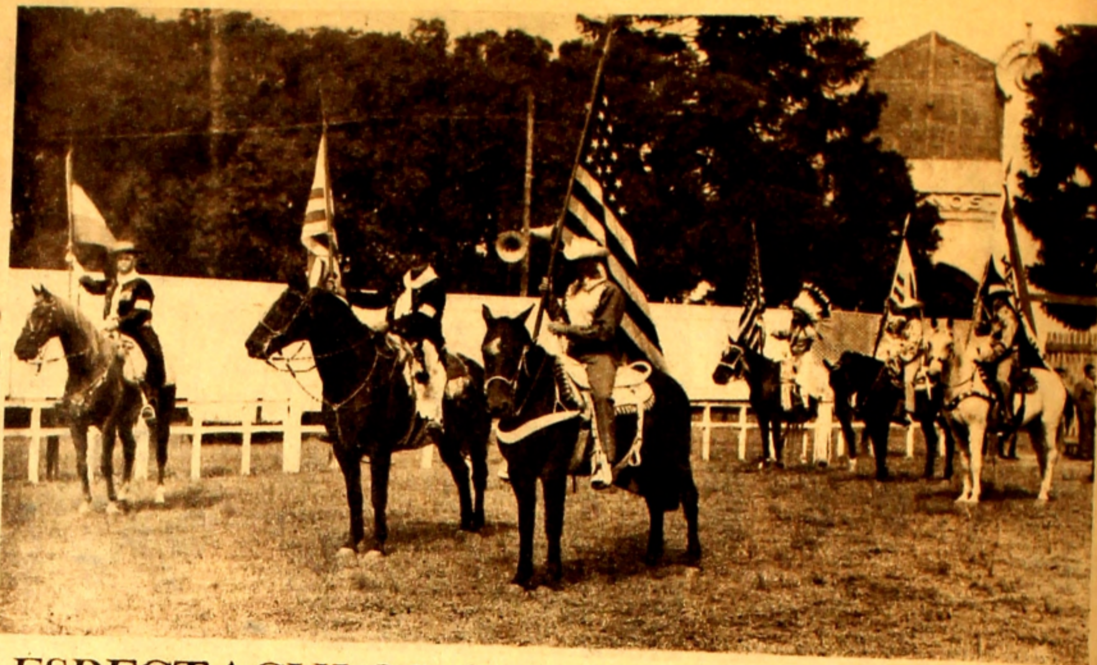


Las casitas de los profesores y empleados se agrupan al pie de gigantescas masas graníticas.



El río Bengala, fuera de la ciudad de Novo Friburgo, donde está canalizado, forma rápidos y cascadas.

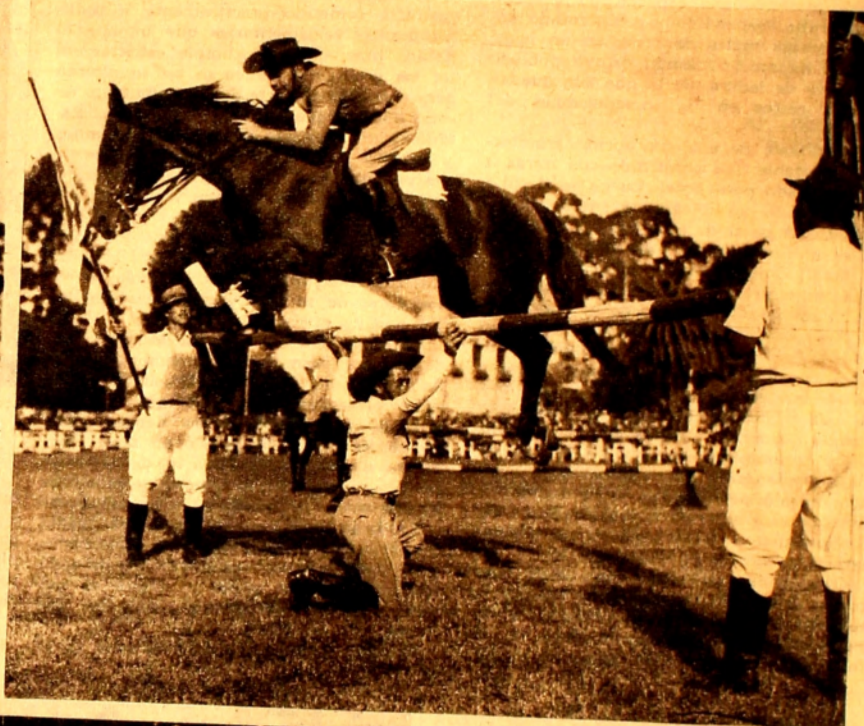




ESPECTACULOS de la SEMANA CRIOLLA

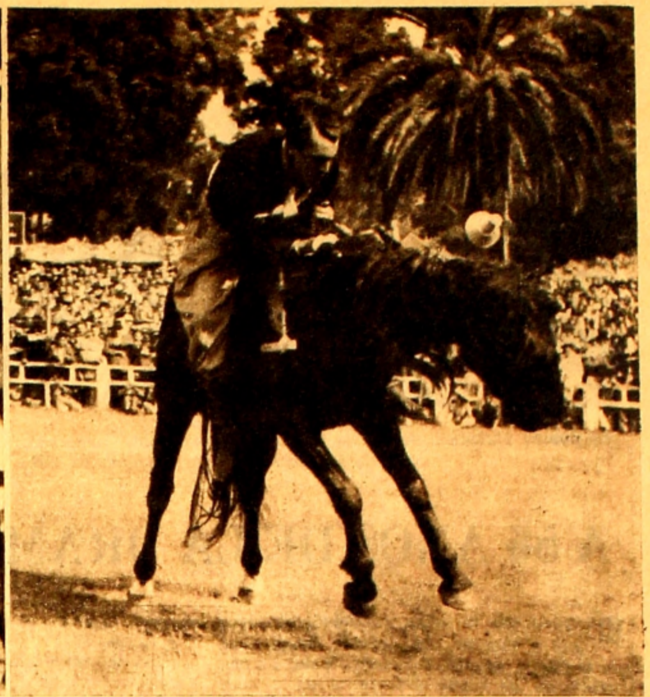
EN el ruedo de la Asociación Rural, se han estado realizando durante toda la semana de turismo los espectáculos de doma de potros, y fiestas camperas, intercaladas con alguna nota exótica, renovándose el buen éxito que todos los años obtiene esta naturaleza de atracciones en las que, por sobre todo, se ponen de manifiesto las bravías habilidades de nuestra gente de campo en las rudas faenas ganaderas. Se muestran en estas páginas algunas de las más salientes manifestaciones del varonil espectáculo.

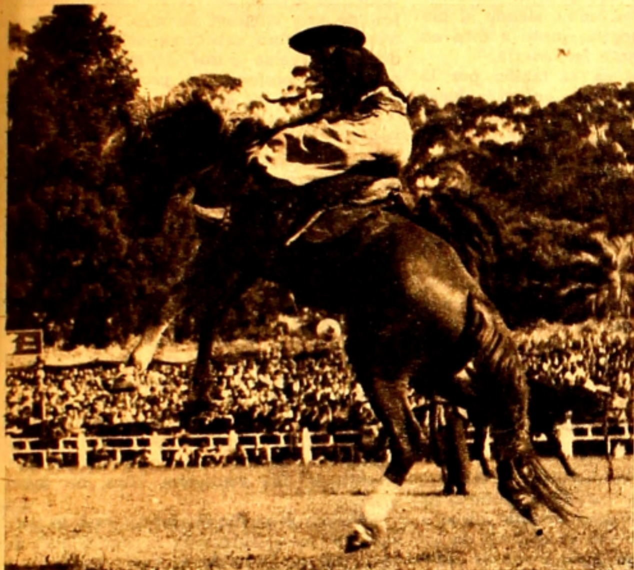










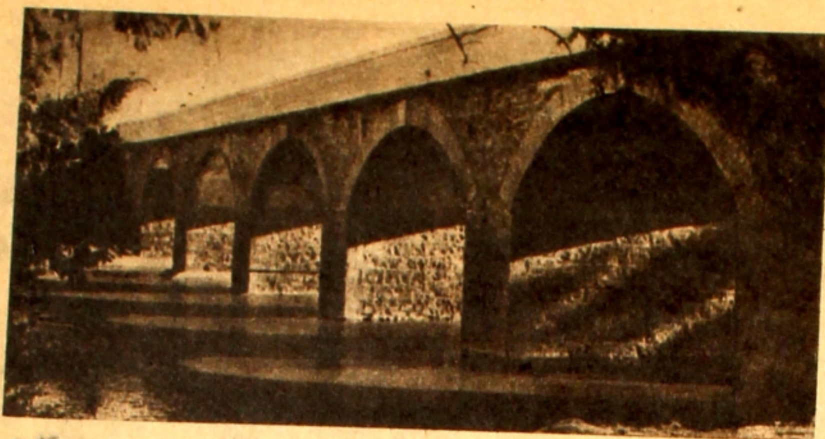












El puente carretero de Pando, que quedó totalmente sumergido, lo que da una idea clara de la magnitud de la creciente de 1895.



La represa del desaparecido molino, que aún se conserva en perfecto estado.

A 56 AÑOS DE LA DRAMATICA CRECIENTE DEL ARROYO PANDO

EL año 1895 se había iniciado con intensas y continuadas lluvias sobre todo en la región sureña de nuestro país, las que arreciaron de modo alarmante en el mes de marzo, provocando el desbordamiento de nuestros arroyos que inundaron extensas zonas.

Esas inundaciones destruyeron totalmente los sembrados, arrasaron con las humildes viviendas situadas en las proximidades de sus riberas y causaron estragos de consideración en el ganado. Entre esas inundaciones, y por sus proporciones destructivas, se recuerda la ocurrida en marzo de 1895, por la extraordinaria creciente del arroyo Pando, cuya nota hemos redactado con datos suministrados por el señor Vicente E. Gorostiaga, uno de los testigos presenciales de aquel inolvidable suceso que conmoviese hace 56 años a la pacífica población de Pando.

Durante el día 25 del citado mes hasta el atardecer del 28, llovió copiosamente y con fuerte viento huracanado del sector sur, amainando el temporal en la noche del 28...

En el tanque de abastecimiento de agua del F. C. Central, ubicado en uno de los accesos del puente ferroviario, vivía en aquel entonces don Segundo Bosca con sus familiares, quien desempeñaba las tareas de encargado del mismo. Don Segundo Bosca era una persona inválida.

Esa familia se halaba en crítica situación ante el rápido y amenazante avance de las aguas.

Don Alfredo Echevarriarza, a la sazón Jefe de la Est. Pando, enterado de que el arroyo venía creciendo vertiginosamente, poniendo en inminente peligro de muerte a la familia Bosca, dispuso la inmediata utilización de varios vagones vacíos y de una locomotora para acudir en socorro de la misma.

Don Juan Picarone, limpiador de máquinas, condujo la locomotora. En el improvisado convoy iban don Alfredo Echevarriarza, el guarda tren don Miguel Bujalance y varios peones de la estación Pando. Resultó imposible llegar hasta el tanque, por encontrarse un trozo de vía completamente cubierto por las aguas, las que apagaban el fuego de la caldera.

Ante ese fracaso, don Alfredo Echevarriarza, hizo colocar varios vagones delante de la locomotora, pudiendo de esta manera llegar al tanque y salvar de una muerte segura a la familia Bosca. Pocos momentos después, el tanque había sido totalmente cubierto por las aguas.. Esto sucedía el día 27...

Cuando amaneció el día 28 un espectáculo realmente dantesco se presentaba a los ojos atónitos de las personas que acuciadas por la curiosidad, acudieron a presenciar la creciente del arroyo Pando, sólo comparable por sus efectos destructivos a las ocurridas en Montevideo, en el mismo mes y año.

La anchura del arroyo Pando que es normalmente de 30 a 50 metros, tenía ese día 10 cuadras...

En su vertiginosa correntada arrastraba ranchos enteros, árboles corpulentos, animales y cuanto el agua hallaba a su paso imponente y devastador.

El tanque y los puentes carretero y ferroviario, habían quedado completamente sumergidos, lo que da una clara idea de la magnitud de esa creciente, sin precedentes hasta ahora...

En el paraje conocido por "La Represa" funcionaba en aquella época, un molino harinero de propiedad de don Albino J. Olmos, que fué completamente destruído por la creciente de 1895.

Una de las piezas principales de ese molino, quedó detenida en una de las barandas del puente ferroviario, siendo lo único que emergía de las amenazantes aguas.

En esos instantes de verdadera angustia, en que la creciente adquiría mayor intensidad, solamente dos personas se hallaban en el molino. Eran ellas, don Carmelo Alonso y el carrero del establecimiento, llamado Ramón Martínez y apodado "El ruso", por el color rojizo de su pelo y barba.

Cuando las aguas penetraron en todos los compartimientos del molino, tanto Alonso como Martínez, frente al inminente peligro de muerte que los asediaba, optaron por subir a la parte más alta del mismo, conocida por "la casilla", en la que instantes después quedaron a merced de las furiosas aguas que se introducían por todas las partes del molino, en forma impresionante.

Las puertas del molino ante el empuje violento de la corriente, habían desaparecido, viéndose a intervalos algunos pedazos flotando sobre las aguas.

Alonso y Martínez, en un desesperado esfuerzo y mancomunados por un mismo propósito de salvación, lograron romper el techo de "la casilla", encaramándose ambos en un ombú existente en el patio del molino.

Instantes después el molino zozobraba, siendo totalmente destruído desde sus cimientos y arrastrado por el fuerte empuje torrencial.

Alonso consiguió asirse a uno de los tablones desprendidos del molino, mientras Martínez quedó en el ombú, siendo al día siguiente hallado ahogado junto a éste en las cercanías del puente ferroviario.

Alonso fué traído en el tablón por la corriente hasta el Parque, en cuyo lugar pudo treparse a una acacia situada en las proximidades donde actualmente se encuentra el Parador, construído por la comuna de Pando.

Allí, en esa crítica situación, permaneció durante varias horas, siendo más tarde salvado merced al denodado esfuerzo de un vecino de Pando, el hoy extinto don Cándido Hernández, quien haciendo gala de un arrojo temerario, montó un caballo "pico blanco", propiedad de un señor Vega, y después de varios intentos infructuosos, logró poner fuera de peligro a Alonso.

El arrojo de don Cándido Hernández fué la salvación de Alonso. La emoción que embargaba a Alonso era indescriptible, luego de la terrible odisea pasada.

En el mismo tablón que utilizara Alonso, se salvó también un gallo del molino. Al descubrir el sol batió alegremente sus alas y cantó... Su canto era el anuncio de su salvación y la de su compañero de odisea...

Esa creciente destruyó también, el viejo almacén conocido por "De la cadena", donde se cobraba el peaje del puente carretero que lo era de "dos vintenes" para los peatones y de veinte centésimos para los vehículos..

Ese puente data del año 1870, habiendo sido su construcción iniciada por don Miguel Sierra y continuada por don Miguel Carrió y Sierra.

Ese puente no sufrió más daño que la destrucción de uno de sus pilares; en cambio, el puente ferroviario quedó torcido y visiblemente inclinado hacia el sur, a raíz del violento impacto de "la casilla" del molino, que quedó detenida en su baranda izquierda. Unos ingenieros del F. C. Central, con el objeto de que esa "casilla" no ocasionara más deterioros al puente, intentaron su voladura, pero sus esfuerzos resultaron estériles, dado que la impetuosidad de las aguas no permitía llegar hasta donde ésta se hallaba. Una larga extensión de rieles de los accesos del puente, fué completamente destruída por la creciente, no quedando ni vestigios de los terraplenes existentes...

En la margen izquierda del arroyo Pando, sobre una espesa arboleda fueron encontrados trozos de vía con sus durmientes, de una longitud de más de cien metros. En ambas cabeceras del puente podían observarse pozos de más de cuatro metros de profundidad, producidos por la socavación de las aguas.

Cerca de las propiedades de don José Boero y de don Natalio Blanco, ubicadas en aquella época en las adyacencias del puente carretero sobre el arroyo Pando — en la carretera a San Jacinto —, quedó sobre un árbol corpulento, a una apreciable altura, una "zorra", vehículo muy utilizado en ese entonces para el transporte de cargas, lo que revela el poder extraordinario y altura alcanzada por las aguas en la creciente de marzo de 1895..

Lo que no recibió daño alguno, resistiendo los furiosos embates de la corriente, fué la represa del desaparecido molino, rústica y sólida obra, que aún hoy a pesar del tiempo transcurrido, puede contemplarse casi intacta, llamando poderosamente la atención la solidez de su construcción, que constituye una verdadera obra de ingeniería.

Próximo al mediodía del 29, cesó la persistente lluvia, calmando el viento huracanado del sur, que desde hacía varios días venía soplando con furia y sin intermitencias.

De inmediato, se produjo la bajante del arroyo Pando, que pocas horas después recobró su estado normal.

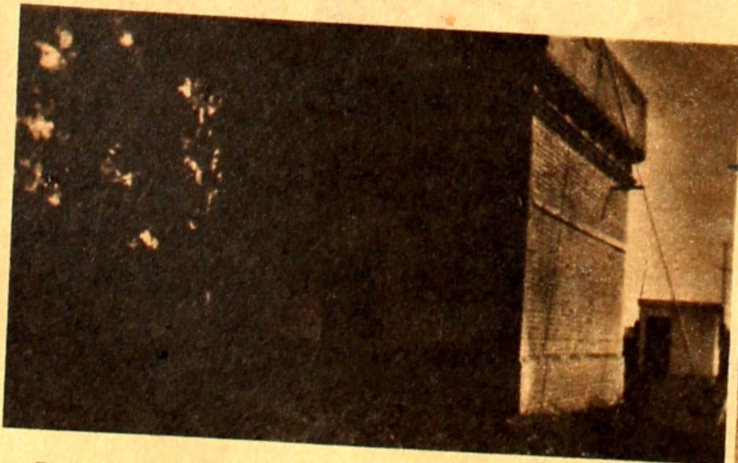
Según nuestro informante, las causas principales de la extraordinaria creciente del arroyo Pando, lo fueron el fuerte viento del sur que hizo que las aguas del Río de la Plata se encresparan bravíamente, como a impulsos de un maremoto, formando imponentes olas que se estrellaban con marcada violencia contra la costa, a lo que debe agregarse la existencia de unos enormes médanos en la misma desembocadura del arroyo Pando, que obstaban su normal desagüe...

La violencia del oleaje y los médanos rechazaban las aguas vertidas por el arroyo Pando al Río de la Plata, motivando esa creciente de singulares proporciones y sin precedentes hasta nuestros días...

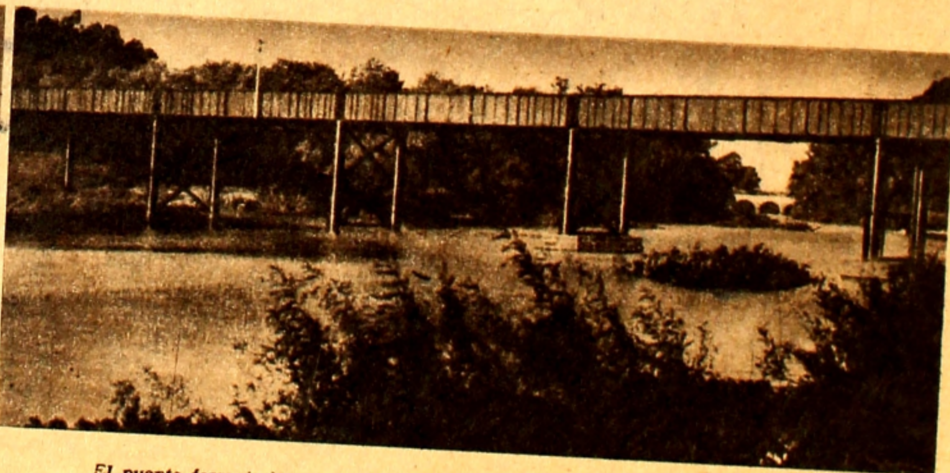
Elio Alberto ZINOLA.

PANDO, marzo de 1951.

(Especial para EL DIA).



El tanque del F. C. Central, de donde fué salvada la familia Bosca, antes de que lo cubriera totalmente el agua.



El puente ferroviario, una de cuyas barandas fuera torcida por la casilla del molino.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

